NOSOTROS

PARINI ó DE LA GLORIA

I. — José Parini fué en nuestros tiempos uno de los poquísimos italianos que á la excelencia en las letras juntaron la profundidad de los pensamientos y mucha doctrina y práctica de la filosofía presente, cosas ya tan necesarias á las letras amenas, que no se comprendería que pudiesen andar separadas, si de ello no se vieran en Italia infinitos ejemplos. Fué también, como es sabido, singularmente íntegro, compasivo con los infelices, devoto de la patria, fiel á los amigos, noble de ánimo y constante en las adversidades de la naturaleza y de la fortuna que inquietaron toda su vida mísera y humilde, hasta que la muerte lo sacó de la oscuridad. Tuvo numerosos discípulos, á quienes enseñaba, primero á conocer á los hombres y sus cosas, y luego á deleitarse con la elocuencia y la poesía. A un joven entre los otros de disposición y de ardor increibles para los buenos estudios, y maravillosa esperanza, discípulo suyo desde poco atrás, dió un día en hablarle en estos términos:

Tú buscas, hijo mío, aquella gloria que sola entre

(1) La grande admiración que tengo por este tratado de Leopardi y el vivo deseo que consiguientemente ella ha engendrado en mi, de verterlo en lengua castellana, han podido sobre mi razonable desconfianza de las propias fuerzas, y el temor de traicionar vergonzosamente tan perfectisimo trabajo. Sírvanme la grande admiración y el vivo deseo de atenuantes, ya que no pueden serlo de excusas. He preferido ceñirme lo más literalmente posible al texto original, sin romper los períodos, y reproduciendo su estudiada trama de oraciones principales y accesorias, y su lógico enlace, á fin de conservarme fiel á la togada majestad de esa prosa clásica. ¡Sabe Dios, sin embargo, cuantos finísimos detalles, cuantas delicadezas, cuantos matices de estilo he dejado de trasladar, por no haberlos reparado ni sospechado siquiera! Acaso mucho me perdone el lector, cuando las constringentes paradojas leopardianas le hagan comprender lo que es necesario ser y saber para penetrar debidamente la suprema perfección de los maestros del estilo. No sé de otra traducción castellana del *Parini*, lo que no quiere decir que no exista; por lo demás, es bastante poco conocido, como para no juzgar inútil mi propósito de darlo á conocer.

El Traductor

todas, puede decirse, consiente hoy día ser alcanzada por hombres de nacimiento privado (1), es decir aquélla á la cual se llega tal cual vez con la sabiduría y con el estudio de las buenas doctrinas y de las buenas letras. Primeramente no ignoras que esta gloria, aunque no la desdeñaran nuestros sumos antepasados, fué sin embargo tenida en menos en comparación con las otras; y bien has visto en cuantos pasajes y con cuanto cuidado Cicerón, su calurosísimo y felicísimo secuaz, se excusa con sus conciudadanos del tiempo y del trabajo que él dedicaba á conseguirla, ora alegando que los estudios de las letras y de la filosofía no le alejaban en ningún modo de los negocios públicos, ora que, obligado por la iniquidad de los tiempos á abstenerse de las ocupaciones mayores, atendía en esos estudios á emplear dignamente su ocio (2); pero siempre anteponiendo á la gloria de sus escritos la del consulado y de las cosas hechas en beneficio de la república. Y en verdad, si el sujeto principal de las letras es la vida humana, y el primer objeto de la filosofía ordenar nuestras acciones, no es dudoso que obrar es tanto más digno y más noble que meditar y escribir, cuanto es más noble el fin que el medio y cuanto las cosas y los asuntos importan más que las palabras y los razonamientos. Antes bien, ningún ingenio es por naturaleza dado á los estudios, ni nace el hombre para escribir, sino sólo para obrar. Por eso vemos que los más de los escritores excelentes y principalmente de los poetas ilustres de esta misma edad, como, por ejemplo, Víctor Alfieri, fueron en principio inclinados extraordinariamente á las grandes acciones, de las cuales volviéronse á escribir cosas grandes, por oponerse á aquéllas los tiempos, ó acaso impedidos por la propia fortuna. Ni propiamente son aptos para escribir tales cosas quienes carecen de disposición y virtud para hacerlas. Y fácilmente puedes considerar, cuan pocos adquieren fama duradera con sus escritos en Italia, donde casi todos son de ánimo incapaz para los hechos insignes (3). Y pienso que la antigüedad, especialmente romana ó griega, pueda convenien-

---

(1) Es decir, ni príncipes, ni de alta nobleza. Recuérdense las condiciones del tiempo: el ejercicio del gobierno, de la magistratura, de la milicia, era ordinariamente reservado á los nobles y á los ricos.

(2) Recuérdese el proemio del *De officiis*. Observa curiosamente Cicerón: "Yo que no tengo tanta fuerza de ingenio, como para distraerme en la soledad por virtud de la simple meditación, me he entregado todo entero á la ocupación de escribir".

(3) Se habla de los tiempos de Parini. Los de ahora son muy diversos: D'Annunzio puede escribir *Le canzoni delle gesta d'Oltremare*.

temente ser figurada como fué esculpida en Argos la estatua de Telesilla, poetisa, guerrera y salvadora de la patria. La cual estatua representábala con un yelmo en la mano, atenta á mirarlo, demostrando complacerse de él, en actitud de querérselo llevar á la cabeza; y con á los pies algunos volúmenes, casi despreciados por ella, como pequeña parte de su gloria.

Pero, entre nosotros los modernos, excluídos comunmente de todo otro camino de celebridad, quienes se echan por la vía de los estudios dan muestras en la elección de la mayor grandeza de alma que hoy día pueda mostrarse, y no necesitan excusarse con su propia patria. De suerte que, en cuanto á la magnanimidad de tu propósito, altamente lo alabo. Mas, puesto que este sendero, por no ser el adecuado á la naturaleza de los hombres, no puede seguirse sin perjuicio para el cuerpo, ni sin multiplicar de diversos modos la natural infelicidad del propio ánimo, ante todas cosas reputo conveniente y propio no sólo de mi obligación, sino del grande amor que tú mereces y yo te tengo, hacerte sabedor, según hasta ahora he podido conocer con la experiencia y la reflexión, así de las varias dificultades que se oponen á la consecución de la gloria á que aspiras, como del provecho que ella ha de producirte en caso de que la consigas; á fin de que, midiendo contigo mismo, de un lado, cuantos sean la importancia y el valor del fin, y cuanta la esperanza de alcanzarlo; del otro, los perjuicios, los trabajos y las incomodidades que origina el buscarlo (de los cuales te hablaré aparte en otra ocasión), puedas, plenamente aleccionado, considerar y decidir si más te convenga seguirlo ó dirigirte por otro sendero.

II. — Podría para comenzar extenderme largamente acerca de las emulaciones, las envidias, las agrias censuras, las calumnias, las parcialidades, las prácticas y manejos ocultos y abiertos contra tu reputación, y los infinitos obstáculos que la malignidad de los hombres te opondrá en el camino que has comenzado á andar. Los cuales obstáculos, siempre dificilísimos de superar, á menudo insuperables, son causa de que más de un escritor, no sólo en vida, mas también después de muerto, sea robado totalmente del honor que le es debido. Porque, habiendo vivido sin fama, por el odio ó la envidia ajenos, cuando muerto permanece en la oscuridad por olvido, y difícilmente acaece que la gloria de alguien nazca ó resurja en un tiempo en el cual, excepto los papeles inmóviles

y mudos, nada cura de ella. Pero las dificultades que nacen de la iniquidad de los hombres, entiendo dejarlas á un lado, habiendo escrito abundantemente sobre ellas, muchos á quienes podrás acudir. Ni tampoco tengo intención de relatar los impedimentos que surgen de la misma fortuna del escritor, y asimismo del simple azar ó de ligerísimas causas: ellos no raramente hacen que algunos escritos dignos de suma alabanza, y fruto de infinitos sudores, sean perpetuamente excluídos de la celebridad, ó que, aún habiendo gozado de la luz por breve tiempo, caigan y se desvanezcan por completo en la memoria de los hombres; mientras que otros escritos, ó inferiores en valor, ó no superiores á aquéllos, entran y se conservan en grande honra. Yo quiero sólo exponerte las dificultades y los obstáculos que sin intervención de la maldad humana, contrastan fieramente el premio de la gloria, no ya á éste ó á aquél, fuera de lo habitual, sino por lo común, á la mayor parte de los grandes escritores.

Bien sabes que nadie se vuelve digno de este título, ni llega á la gloria estable y verdadera, sino con obras excelentes y perfectas, ó cercanas de algún modo á la perfección. Pues debes prestar atención á una sentencia muy verdadera de un nuestro autor lombardo, digo, del autor del *Cortegiano*, la cual es que «raras veces sucede que quien no está acostumbrado á escribir, por erudito que sea, pueda jamás conocer perfectamente los trabajos é industrias de los escritores, ni saborear la dulzura y excelencia de los estilos, y aquellas intrínsecas advertencias que á menudo se encuentran en los antiguos» Y aquí piensa primeramente, cuán pequeño es el número de las personas habituadas y amaestradas á escribir; y, por tanto, de cuan escasa parte de los hombres, ó presentos ó futuros, tú puedas en cualquier caso esperar aquella opinión magnífica que te has propuesto como fruto de tu vida. Además de eso considera cuanta importancia tiene en lo escrito el estilo, de cuyas virtudes principalmente, y de cuya perfección, depende la perpetuidad de las obras que de cualquier suerte entran en el género de las letras amenas. Y muy frecuentemente ocurre que, si tú despojas de su estilo un escrito famoso, del cual pensabas que casi todo el valor residía en las sentencias, lo reduzcas á tal condición, que te resulta algo de ningún mérito. Ahora bien, la lengua tiene tanta parte en el estilo, mejor, está tan unida con él, que difícilmente puede considerarse una de ambas cosas separada de la

otra: á cada instante se confunden ambas no sólo en el habla de los hombres, mas también en el intelecto; y mil cualidades de ellas, mil méritos ó defectos, apenas con el más sutil y cuidadoso examen, y acaso de ninguna manera, pueden ser distinguidos y asignados á cual de las dos cosas pertenezcan, por ser casi comunes é indivisos entre la una y la otra. Pero ciertamente ningún extranjero está, para volver á las palabras del Castiglione, *acostumbrado á escribir* elegantemente en tu lengua. De suerte que el estilo, — parte tan grande y tan relevante en el escribir, y asunto de inexplicable dificultad y fatiga, así para aprender su íntimo y perfecto artificio, como para ejercitarlo, cuando ha sido aprendido — no tiene propiamente otros jueces ni otros proporcionados estimadores, aptos para poder alabarlo según su mérito, sino aquéllos que en una sola nación del mundo acostumbran escribir. Para el resto del género humano, aquellas inmensas dificultades y fatigas sobrellevadas á favor del dicho estilo, resultan en buena y quizás máxima cantidad inútiles y desparramadas al viento. Y dejo de lado la infinita variedad de los juicios é inclinaciones de los literatos, que reduce todavía á menos el número de las personas capaces de sentir las cualidades loables de tal ó cual libro.

Mas, yo quiero que tengas por indudable que no basta estar acostumbrado á escribir para conocer cabalmente los méritos de una obra perfecta ó cercana á la perfección, y digna de veras de la inmortalidad; sino que, es menester saber hacerlo casi tan perfectamente como el escritor mismo que se ha de juzgar. En efecto, la experiencia te enseñará que á medida que tú vayas conociendo más intrínsecamente las virtudes en que consiste el perfecto escribir y las infinitas dificultades que se experimentan para alcanzar aquéllas, mejor aprenderás el modo de superar las unas y conseguir las otras; de suerte que ningún intervalo y ninguna diferencia habrá entre conocerlas y aprender y poseer dicho modo: antes bien, uno y otro hecho serán una misma cosa. Así que, el hombre no llega á poder discernir y saborear cumplidamente la excelencia de los escritores óptimos, antes de adquirir la facultad de poderla representar en los propios escritos, pues esa excelencia no se conoce y saborea totalmente sino por medio de la costumbre y del ejercicio personales, y casi, para decirlo así, sino cuando uno mismo la posee. Antes de ese momento, nadie en verdad entiende

qué cosa y cual sea el perfecto escribir, y no entendiéndolo no puede tampoco tener la debida admiración por los escritores sumos. Y la mayor parte de quienes cuidan de los estudios, escribiendo fácilmente y creyendo escribir bien, tienen por verdadero, aunque digan lo contrario, que escribir bien sea una cosa fácil. Mira ahora á qué queda reducido el número de aquéllos que deberán poder admirarte y saber alabarte dignamente, cuando tú con sudores y trabajos increibles hayas también llegado por fin á producir una obra egregia y perfecta. Yo sé decirte (y cree á esta mi edad canosa) que apenas hay en Italia hoy día dos ó tres personas, dueñas del modo y el arte del óptimo escribir, (1) número que si te parece excesivamente pequeño, no por ello has de pensar que sea mucho mayor en tiempo ni lugar alguno.

Numerosas veces yo me maravillo conmigo mismo de cómo, pongamos por caso, Virgilio, supremo ejemplo de perfección para los escritores, haya llegado y se mantenga en tal sumidad de gloria. Porque, bien que yo presuma poco de mí mismo, y crea no poder jamás gozar y conocer todas las partes de cada mérito de él y de cada su enseñanza artística; sin embargo tengo por seguro que el máximo número de sus lectores y elogiadores, no divisa en los poemas de él sino una belleza por cada diez ó veinte de las que á mí, á fuerza de releerlos y meditarlos, acaban por descubrirse. En verdad me persuado de que la alteza de la estimación y de la reverencia por los escritores sumos, proviene conmúnmente, aun en quienes los leen y manejan, más de la costumbre ciegamente abrazada, que del juicio propio y de especie alguna de apreciación en ellos de semejante mérito. Y me acuerdo del tiempo de mi juventud, cuando yo, leyendo los poemas de Virgilio, de un lado con plena libertad de juicio y ningún cuidado de la autoridad de los demás, lo cual no es común á muchos; y del otro con impericia habitual en esa edad, pero talvez no mayor que la que en muchísimos lectores es perpetua — rehusábame en mi fuero interno á convenir en la opinión universal, por no descubrir en Virgilio merecimientos gran cosa superiores á los de los poetas mediocres. Casi también me maravillo de que la fama de Virgilio haya podido prevalecer sobre la de Lucano. Observa cómo la muchedumbre de los lectores, no ya en los

(1) ¿A quien podia referirse Leopardi? A Victor Alfieri, á Gaspar Gozzi, al mismo Parini, á muy pocos más. (T.)

siglos de juicio falso y corrompido, mas, aun en los de sanas y mesuradas letras, se recrea mucho más con las bellezas gruesas y patentes, que con las delicadas y escondidas; más con el atrevimiento que con el decoro; á menudo también, más con lo aparente que con lo substancial; y ordinariamente más con lo mediocre que con lo óptimo. Leyendo las cartas de un Príncipe (1) verdaderamente peregrino de ingenio, pero habituado á poner en las sales, las argucias, la instabilidad, la agudeza, casi entera la excelencia del escribir, yo noto con claridad que él, en lo íntimo de sus pensamientos, anteponía la Henríada á la Eneida, por más que no se atreviera á proferir esta opinión, sólo temeroso de ofender los oídos de los hombres. En fin, yo me asombro de que el juicio de poquísimos, aunque recto, haya podido vencer el de infinitos, y formar en todos aquel hábito de estimación, no menos ciego que justo. Lo cual no acaece siempre, pues reputo que la fama de los óptimos escritores suele ser más efecto del azar que de sus propios méritos, como quizás te será confirmado por lo que yo estoy por decir en el progreso de estas razones.

III. — Ya se ha visto cuan pocos poseerán la facultad de admirarte, cuando hayas llegado á la excelencia que te propones. Advierte ahora que más de un impedimento puede oponerse aun á estos pocos, por el cual no formen un justo concepto de tu valor, aunque noten las señales de él. No hay duda alguna en que los escritos elocuentes y poéticos, de cualquier clase que sean, no tanto son juzgados por sus cualidades en sí mismas, cuanto por el efecto que ellos hacen en el alma de quien lee.

De manera que el lector, al juzgarlos, más los considera, para decirlo así, en sí propio, que en ellos mismos. De aquí nace el que los hombres naturalmente tardos y fríos de afecto y de imaginación, aunque dotados de sano criterio, de mucha agudeza de ingenio, y de no mediocre doctrina, sean casi por completo inhábiles para dictaminar convenientemente sobre tales escritos, no pudiendo en ningún instante conformar su alma con la del escritor; por lo cual, en su fuero interno los desprecian, desde que, al leerlos, aun sabiéndolos famosísimos, no descubren la causa de su nombradía, por no derivarles de su lectura ningún sentimiento, ninguna imagen, y, por consi-

(1) Federico el Grande. (T.)

guiente, ningún deleite notable. Y en cuanto á aquéllos que son de naturaleza dispuestos y prontos para acoger y reproducir en sí mismos cualquier imagen ó afecto que los escritores hayan sabido debidamente expresar, atraviesan muchísimos momentos de frialdad, dejadez, languidez de espíritu, impenetrabilidad y disposición tal, que mientras duran, les vuelven ó iguales ó semejantes á los antes expresados; y ello por diversísimas causas, intrínsecas ó extrínsecas, pertinentes al espíritu ó al cuerpo, transitorias ó duraderas. En estos tiempos presentes, nadie, por más que sea un sumo escritor, es buen juez de los escritores que han de mover el corazón ó la imaginativa. Dejo á un lado la saciedad de los deleites experimentados poco antes en otras semejantes lecturas; y las pasiones, más ó menos fuertes, que de hora en hora sobrevienen, las cuales muy á menudo teniendo en gran parte ocupada el alma, no dejan lugar á los sentimientos que en otra circunstancia excitarían en ella las cosas leídas. Así, por las mismas ó análogas causas, repetidas veces vemos que aquellos propios lugares, aquellos espectáculos naturales ó de cualquier género que sean, aquella música, y cien otras tales cosas que en otros tiempos nos conmovieron, ó habrían conseguido conmovernos si las hubiésemos visto ú oído, viéndolas ahora ó escuchándolas, no nos conmueven absolutamente, ni nos deleitan, sin ser por ello en sí menos bellas y menos eficaces de lo que eran entonces.

Pero aun cuando por cualquiera de los motivos dichos, el hombre esté mal dispuesto para las impresiones de la elocuencia y de la poesía, no obstante no deja ni difiere el omitir juicio sobre los libros atingentes á uno ú otro género, que le acaece entonces leer por vez primera. A mí me sucede con frecuencia retomar en las manos á Homero ó á Cicerón ó al Petrarca, y no sentirme mover en modo alguno por su lectura. Con todo, como ya conozco y tengo por cierta la bondad de tales escritores, tanto por su fama antigua, como por la experiencia del placer que otras veces ellos me causaron, no formo por la presente insipidez, ningún pensamiento contrario á su alabanza. Pero en los escritos que se leen por primera vez, y que por ser nuevos no han todavía podido adquirir reñombre ó confirmárselo en modo tal que no quede lugar á duda sobre su valor, nada se opone á que el lector, — juzgándolos por el efecto que hacen actualmente en su ánimo, y no hallándose su ánimo en disposición de abrirse á los sentimientos é imágenes que quiso comunicar quien

escribió, — se forme un pobre concepto de autores y de obras excelentes. Del cual no es fácil que él se aparte luego con nuevas lecturas de los mismos libros, hechas en mejores ocasiones, porque verosimilmente el tedio sentido en la primera, lo desalentará para las otras; y de cualquier modo, ¿quién ignora cuanto importan las primeras impresiones, y el estar preocupado por un juicio, aunque falso?

Por lo contrario, encuéntranse los ánimos algunas veces, por uno ú otro motivo, en estado tal de movilidad, sensibilidad, vigor y calor, ó de tal modo abiertos y preparados, que siguen cualquier menor impulso de la lectura, sienten vivamente cualquier toque ligero, y merced á lo que leen, crean en sí mismos mil afectos é imágenes, errando á veces en un dulcísimo delirio, casi arrebatados fuera de sí. De lo cual fácilmente deriva que, atendiendo al deleite habido en la lectura, y confundiendo los efectos de la eficacia y disposición propias con los que verdaderamente corresponden al libro, queden poseídos de grande amor y admiración por éste, y se formen de él una opinión mucho mayor que la justa, hasta anteponiéndolo á otros libros más dignos, pero leídos en circunstancias menos propicias. Mira pues á cuanta incertidumbre está sometida la verdad y rectitud de los juicios, también los de las personas idóneas, acerca de los ajenos escritos é ingenios, aun cuando sea quitada de en medio toda malignidad ó favor. Incertidumbre que es tal, que el hombre difiere grandemente de sí mismo en la apreciación de obras de valor igual, y aun de una misma obra, en diversas edades de la vida, en diversas ocasiones y hasta en las diversas horas de un día.

IV. — A fin luego de que no presumas que las dificultades predichas, consistentes en el no bien dispuesto ánimo de los lectores, ocurran raras veces y fuera de lo habitual, considera que nada es más común que el ir faltando en el hombre en el transcurso de la edad, la disposición natural para sentir los deleites de la elocuencia y de la poesía, no menos que de las otras artes imitativas y de toda otra belleza mundana. La cual decadencia del ánimo, prescripta á nuestra vida por la misma naturaleza, es hoy día tanto mayor de lo que fué en otros tiempos, y tanto más pronto comienza y tiene más rápido adelantamiento, especialmente en los estudios, cuanto que á la experiencia de cada cual agrégase, á quien mayor, á quien menor parte de la ciencia nacida de la práctica y de las especulaciones de tantos siglos pasados. Por el cual motivo y por

las presentes condiciones del vivir ciudadano, desvanécense fácilmente en la imaginación de los hombres las larvas de la edad primera, y con ellas las esperanzas del alma, y con las esperanzas gran parte de los deseos, de las pasiones, del fervor, de la vida, de las facultades. De donde yo más bien me maravillo de que hombres de edad madura, máximamente doctos, y dedicados á meditar sobre las cosas humanas, estén todavía sometidos á la virtud de la elocuencia y de la poesía, que no de que de cuando en cuando éstas encuentren obstáculo para producir en aquéllos efecto alguno. Pues, en efecto, ten por seguro que para ser gallardamente movido por lo bello y lo grande imaginado, es menester creer que exista en la vida humana algo de grande y de bello verdadero, y que lo poético del mundo no sea pura ficción. Cosas que el joven cree siempre, aun cuando sepa lo contrario, hasta que no sobreviene su propia experiencia; pero que difícilmente son creídas después de la triste disciplina de la práctica, máxime allí donde la experiencia anda unida á la costumbre de meditar y á la doctrina.

De este razonamiento resultaría que los jóvenes son mejores jueces que los hombres maduros ó ancianos, de las obras encaminadas á despertar afectos é imágenes. Pero de otro lado se ve que los jóvenes no habituados á la lectura, buscan en ella un deleite más que humano, infinito, y de cualidades imposibles; y no hallándolo, desprecian á los escritores: lo que también en otra edad, por causas semejantes, sucede algunas veces á los iliteratos. Aquéllos jóvenes además, que se entregan á las letras, anteponen fácilmente, como al escribir, así al juzgar los ajenos escritos, lo excesivo á lo moderado, lo soberbio ó lo dulzón de las maneras y de los ornamentos á lo simple ó á lo natural, y las bellezas falaces á las verdaderas, en parte por la escasa experiencia, en parte por el ímpetu de la edad. De donde los jóvenes, quienes, sin duda alguna, son entre los hombres los más dispuestos á alabar lo que les parece bueno, como que más veraces y sinceros, raras veces son aptos para saborear la madura y cumplida bondad de las obras literarias. Con el progreso de los años, crece la aptitud que del arte viene y decrece la natural. No obstante, ambas son necesarias al efecto.

Luego, todo el que viva en una ciudad grande, por más que sea ardoroso de naturaleza y despierto de corazón y de imaginativa, yo no sé (salvo que, á tu ejemplo, no trascurra lo más del tiempo en soledad) como ha de

poder jamás recibir de las bellezas de la naturaleza ó de las letras, sentimiento alguno tierno ó generoso, imagen ninguna sublime ó graciosa. Efectivamente pocas cosas son tan contrarias á aquel estado de alma que nos hace capaces de tales deleites, como la conversación de estos hombres, el estrépito de estos lugares, el espectáculo de la magnificencia vana, de la ligereza de las mentes, de la mentira perpetua, de los cuidados míseros y del ocio más mísero todavía que reinan en ellas (1). En cuanto al vulgo de los literatos, estoy por decir que el de las ciudades grandes sabe juzgar los libros menos que el de las pequeñas; porque en las grandes, como las restantes cosas son por lo general falsas y vanas, así la literatura es comúnmente falsa y vana, ó superficial. Y si los antiguos reputaban el ejercicio de las letras como un reposo ó un solaz en comparación con el de los negocios, hoy día la mayor parte de quienes en las ciudades grandes hacen profesión de estudiosos, reputan, y efectivamente usan los estudios y el escribir, como un solaz y un reposo para los demás pasatiempos.

Yo pienso que las obras insignes de la pintura, la escultura y la arquitectura, bastante mejor serían apreciadas, si fuesen distribuidas por las provincias, en las ciudades mediocres y pequeñas, que no acumuladas, como están, en las metrópolis, en donde los hombres, en parte llenos de infinitas preocupaciones, en parte ocupados en mil esparcimientos, y con el alma inclinada ú obligada, aun mal de su grado, á las distracciones, la frivolidad y la vanidad, rarísimas veces son capaces de los íntimos placeres del espíritu. A más que la muchedumbre de tantas bellezas reunidas, distrae el ánimo en tal guisa, que, no siéndole á éste posible atender sino poco tiempo á cada una, no puede recibir un vivo sentimiento, ó engéndrasele tal saciedad, que acaba por contemplarlas con igual frialdad interna con que se contempla cualquier objeto vulgar. Lo mismo digo de la música, la cual en las otras ciudades no es ejercitada tan perfectamente, y con tal aparato como en las grandes, donde las almas están menos dispuestas á las emociones admirables de ese arte, y son menos, para decirlo

(1) En una carta á su hermano Carlos, fechada en 6 de diciembre de 1822, Leopardi declara largamente la penosa impresión que Roma le produjo y la antipatía que de ella cobró hacia las grandes ciudades. Dice, entre otras cosas: "La indiferencia, aquella terrible pasión, antes bien, desapasionamiento del hombre, tiene verdadera y necesariamente su principal asiento en las ciudades grandes, es decir en las sociedades muy extendidas. La facultad sensitiva de los hombres en estos lugares se limita sólo á ver." (T.)

así, musicales, que en todo otro lugar. Pero, sin embargo, á las artes les es necesario el asiento de las ciudades grandes, así para alcanzar y así mayormente para efectuar su perfección; no por esto, por otra parte, es menos cierto, que el deleite que ellas ofrecen allí á los hombres es bastante menor que en otro lugar cualquiera.

Puede pues decirse que los artífices, procuran en la soledad y en el silencio, con asiduas vigilias y solicitudes, el deleite de personas que acostumbradas á agitarse en medio de la muchedumbre y el rumor, no han de saborear sino pequeñísima parte del fruto de tantas fatigas. Suerte que, en parte, recae también sobre los escritores.

V.—Pero que ello sea dicho como por incidencia. Ahora, volviendo al tema, digo que los escritores más cercanos á la perfección, tienen esta propiedad, que gustan ordinariamente más en la segunda lectura que en la primera. Sucede lo contrario con muchos libros compuestos con arte y diligencia sólo mediocres, pero no exentos de algún mérito extrínseco y aparente; los cuales, cuando releidos, pierden en la opinión que el hombre había concebido de ellos en la primera lectura. Mas, si unos y otros son leidos una sola vez, engañan á veces de tal modo también á los doctos y expertos, que los óptimos son pospuestos á los mediocres. Debes ahora considerar que hoy día aun las personas entregadas por profesión á los estudios, muy difícilmente se resuelven á releer libros recientes, máxime aquellos que tienen por propio fin el deleite. Lo cual no sucedía á los antiguos, debido á la menor abundancia de los libros. Pero en este tiempo, rico de los escritos que de mano en mano tantos siglos nos han dejado, en este número presente de naciones literatas, en esta excesiva cantidad de libros producida diariamente por cada una de ellas, en tan recíproco comercio entre todas; además, en tanta muchedumbre y variedad de lenguas escritas, antiguas y modernas, en tanto número y vastedad de doctrinas de toda suerte, y éstas tan estrechamente conexas y unidas entre sí, que el estudioso está obligado á esforzarse en abrazarlas todas, según su posibilidad,—bien ves que falta el tiempo para las primeras, no ya para las segundas lecturas. Por tanto, cualquier juicio emitido una vez sobre los libros nuevos, difícilmente se cambia. Agrega que por las mismas causas también en la primera lectura de dichos libros, máxime los de carácter ameno, muy pocos y rarísimas veces ponen tanta atención y tanto estudio cuanto se necesitan para descubrir en ellos la fati-

gosa perfección, el arte íntimo y las virtudes modestas y escondidas. Así que, en suma, hoy día resulta peor la condición de los libros perfectos que la de los mediocres, cuyas bellezas ó dotes verdaderas ó falsas, son expuestas á la vista en modo que, por pequeñas que sean, fácilmente se notan á la primera ojeada. Y en verdad podemos decir que de hoy en más el fatigarse en escribir perfectamente es casi inútil á la fama. Pero por otra parte los libros compuestos como lo son casi todos los modernos, apresuradamente, y ajenos á toda perfección, aun cuando por algún tiempo sean celebrados, no pueden dejar de morir en breve, como de hecho continuamente se ve. Bien es cierto que es tanto lo que hoy se escribe que también muchos escritos dignísimos de memoria y hasta entrados en fama, arrastrados enseguida por el inmenso río de los libros que diariamente salen á luz, y antes que hayan podido — para decirlo así — radicar la propia celebridad, perecen sin otro motivo, dando lugar á otros, dignos ó indignos, que ocupan la fama por breve espacio. Así que, á la vez, á nosotros nos es dado seguir una sola gloria de las muchas que á los antiguos fueron propuestas, y esa misma se consigue hoy día con mucha más dificultad que antiguamente.

Sólo, en este naufragio continuo y común no menos de los escritos nobles que de los plebeyos, sobrenadan los libros antiguos; los cuales por la fama ya establecida y corroborada á través de las edades, no solamente se leen todavía con diligencia, sino que, se releen y estudian. Y observa que un libro moderno aunque fuese por la perfección comparable á los antiguos, difícilmente ó de ninguna manera podría, no digo poseer el mismo grado de gloria, mas causar tanto deleite cuanto se recibe de los antiguos; y esto por dos razones. Es la primera que él no sería leído con aquel cuidado y sutileza con que se leen los escritos célebres desde gran tiempo, ni vuelto á leer sino por poquísimos, ni estudiado por nadie, pues no se estudian los libros que no son científicos hasta que no se han vuelto antiguos. La otra es, que la fama duradera y universal de los escritos, dado que no naciese en principio de otra causa que de su mérito propio é intrínseco, ello no obstante, apenas nacida y crecida multiplica su valor de tal modo que ellos se vuelven asaz más gratos á la lectura de lo que fueron un tiempo; y á menudo la mayor parte del deleite que dan nace simplemente de su misma fama. A propósito de lo cual me vuelven ahora á

la mente algunas advertencias notables de un filósofo francés (1) quien, en substancia, discurriendo alrededor de los orígenes de los placeres humanos, dice así: «Muchas causas de goce nuestra alma se compone y crea á sí misma, máxime uniendo entre sí diversas cosas. Por eso muy á menudo sucede que lo que gustó una vez guste semejantemente otra, sólo por haber gustado antes, al unir nosotros con la imagen del presente la del pasado. Por ejemplo una comediante que gustó á los espectadores en la escena, gustará verosimilmente á los mismos también en sus habitaciones; pues que, así del sonido de su voz, así de su recitación, así de haber estado presentes á los aplausos obtenidos por la mujer, y en cierta parte también de aquel concepto de princesa agregado al propio que le conviene, resultará un mixto de varias causas que compondrán un deleite solo. No hay duda en que la mente de cada cual abunda de continuo en imágenes y consideraciones tales, accesorias á las principales. De aquí nace que las mujeres dotadas de gran reputación y manchadas por algún defecto pequeño, tengan á veces por honroso ese defecto, haciendo que los demás lo consideren una gracia. Y verdaderamente el particular amor que ponemos, quien en una mujer, quien en otra, está fundado las más de las veces sobre las solas preocupaciones que nacen en su favor, ó de la nobleza de la sangre, ó de las riquezas, ó de los honores que le son rendidos, ó de la estimación que por algunos les es tenida»; á menudo también de la fama verdadera ó falsa, de belleza ó de gracia, y del mismo amor que antes le han tenido ó le tienen ahora otras personas. ¿Y quién ignora que casi todos nuestros placeres, más vienen de nuestra imaginación que de las propias cualidades de las cosas agradables?

Advertencias éstas que cuadrando óptimamente á los escritos, no menos que á las otras cosas, digo que si hoy saliera á luz un poema igual ó superior en mérito intrínseco á la Iliada, aunque fuese leido atentísimamente por cualquier perfectísimo juez de cosas poéticas, le resultaría bastante menos grato y menos deleitable que aquélla, y por tanto lo tendría por mucho menos estimable; porque las virtudes propias del poema nuevo no serían ayudadas por la fama de veintisiete siglos, ni por mil memorias y mil consideraciones, como lo son las virtudes

(1) Montesquieu. El párrafo aquí citado pertenece al *Essai sur le goût*, cap. *De la sensibilité*. Leopardi, al traducirlo, lo ha desarrollado y adornado. (T.)

de la Ilíada. Análogamente digo, que cualquiera que leyese cuidadosamente ó la *Jerusalem* ó el *Furioso*, ignorando del todo ó en parte su celebridad, experimentaría en la lectura mucho menor deleite que los demás. De donde en fin, hablando en general, los primeros lectores de cada obra egregia, y los contemporáneos de quien la escribió, supuesto que ella obtenga luego fama en la posteridad, son aquéllos que en leerla gozan menos que todos los demás; lo que resulta en grandísimo perjuicio para los escritores.

GIACOMO LEOPARDI.

(Trad. de Roberto F. Giusti.)

(Concluirá).

LA CITA

El — Temí que no vinieras. . . . .
Ella— ¿Por qué dudaste amigo?
A donde tú me llames, allí estaré contigo.
El — Sí, ya lo sé... La angustia esa de no encontrarte
Es la que me acongoja siempre, por otra parte.
Al lugar de la cita si alguna vez no vas
Será, sencillamente, porque ya no irás más.
Ella— Porque ya no iré más: verdad, mi muy amado. . . .
Pero olvidemos ésto. . . ya nos hemos clavado
Nuestra espina habitual, tan dolorosa y terca.
Cuando se sienten lejos, por encontrarse cerca
Claman los corazones. . . y con dardo certero
Al acercarlos, siempre, los herimos primero!
¿Es el dolor de amar?
El — Es la eterna amargura
Emboscada en el fondo de la pasión más pura
O más honda... Tal vez es un goce funesto
Pero fatal. . . . !
Ella— Tenemos que luchar contra ésto. . .
El — Como la primavera llevas un franco sello
De vida. Y el perfume que exhala tu cabello
Pone en mi corazón un férvido tumulto,
Cuyo terrible oleaje desde lo más oculto
De mí, se desanuda y agita y entrechoca
Y me alza como en un vértigo hacia tu boca.
A ese sagrado impulso sin vacilar me entrego:
Cual un amante, dócil, cual un creyente, ciego.
Ella— Niño. . .
El — Fluctúo presa de una viva zozobra
Entre mi ser que siente y entre mi ser que obra

Y á cada nuevo día sufro una angustia nueva
En la desesperante desazón que me lleva.
Mi amor es un gran ímpetu. . . Al amor verdadero
No puedo concebirlo como un largo reguero
De sangre... Yo lo siento más bien como una hoguera
Donde la vida mía quiere quemarse entera.
¿Me comprendes, por fín? Y el amor de este modo
Se apura en un instante, pero se apura todo:
El amor que se nutre, con fatal egoismo,
De sí mismo... y al fin se devora á sí mismo!

Ella— Pasiones de un momento, parecen sueños vanos.
¿Cómo poder confiar el amor en tus manos
Por la manera frágil con que tu ser lo mira?
Y después. . . el juguete que se rompió se tira.
Sigamos lentamente, amándonos de modo
Que nuestros corazones se entrelacen del todo.
Y que la red se vaya tras la primera falla
Como se van los hilos que forman una malla.
Yo prefiero el amor silencioso, fuerte. . .
Y que su nudo sólo lo deshaga la muerte!

El — ¡Ah, la muerte! . . . Jamás sobre este amargo suelo
Ha cruzado tan cerca de mi frente su vuelo.
De niño parecióme algo brutal y absurdo.
Y ahora, simplemente, para olvidar me aturdo
Con la vida y olvido, como hacen los demás:
Y sin ver adelante, voy sin mirar atrás. . .
Pero no siempre sufro de esta visión tan negra.
Es un vigor á veces que me enciende y alegra,
Que florece de júbilo mis horas sin fortuna
En un reir de sol y en un soñar de luna.
Penetro de la vida la serena grandeza,
Gozo de ser un hombre en la naturaleza,
De algún noble ideal me exalta el entusiasmo,
De la eterna belleza siento el sagrado espasmo,
Y mi alma hacia arriba, palpitante y derecha,
Asciende con el vuelo del ala ó de la flecha!

Ella— ¡Pobre amado: comprendo esa doble tortura
Donde caes y te alzas, donde tu fe procura
Encontrar la verdad, ó una verdad al menos,
Para nutrir con ella tus propósitos buenos!
Pero estamos enfermos de amor, nos duele mucho
La vida y hay momentos que no sé porqué lucho
Pudiéndome dejar morir. . . . Hallo un abrigo
En estas bienhechoras fiestas de estar contigo.
Mas luego me parece cuando por fin te alejas

Que todo me dejara en cuanto tú me dejas,
Y si no vienes pronto pienso que ya no vienes
Y un venablo de hielo me traspasa las sienes.
¿Vámonos? . . .

El — ¡Dónde ir! . . . Porque cuando se piensa
Resulta que la tierra ya no es tan extensa.
Toda se halla medida, toda está repartida,
Para un viaje por ella, que tan solo es de ida. . . .
Mas tampoco debemos en mitad del camino
Quedarnos, y esperar que disponga el destino
Y que nos lleve como lleva el viento una arista:
Debemos ir más bien con un son de conquista.
Sí, vamos. . . . .

Ella— ¿Donde ir?

El — Vamos á la llanura,
A la llanura inmensa de cielo y de verdura.
Vamos á arar la tierra y á levantar un rancho:
Allí tendrá el amor un horizonte ancho
De libertad, de fuerza y de esperanza. Quiero
Vigorizar mi vida con un pan verdadero
Y refrescar mi alma con un agua más pura.
Como un precepto bíblico cumpliremos la obscura
Necesidad de amar, de repetir el ser
Con un cuerpo de hombre y un cuerpo de mujer. . . .
¡Vamos!

Ella— Dame tu mano, amor, porque vacilo;
Dame tu fuerza, amor, robustece este hilo
De voluntad que tiembla, y haz eterno ese puente
De fé, por el que voy hacia tí, fatalmente. . . .

ERNESTO MARIO BARREDA.

LAS OTRAS VIDAS

Comentarios sobre Mauricio Maeterlinck y su obra

I.—Como en el mundo físico la unidad de la materia puede ser indiscutible en el mundo moral la unidad de un elemento primario, sencillo en grado extremo, díficil de analizar y comprender; elemento que por igual da vida á los hombres, palpita en el encanto de los vegetales, vive en el interior de las piedras y ritma el curso del tiempo con la invisible y lenta formación de la estalactita.

Como obedeciendo al impulso de una gran fuerza que en su misterio no comprendemos ni explicamos, todo lo vivo palpita al unísono, atestiguando la existencia de una ley espiritual que establece rumbos á la vida y en la sombra de lo desconocido nos encamina hacia la realización de un destino inevitable.

Basta pensar en lo que llamamos *acaso*, para que la vida del hombre se nos presente como un conglomerado de sombras, poniendo en vergonzosa retirada toda la sabiduría de miles de años de civilización, proclamando el imperio de algo grandiosamente formidable dentro de su pequeñez y su accidentalidad. Y si del hombre, campo explorado, terreno conocido, pasamos á lo juzgado como inferior á nosotros — reino animal ó reino vegetal — veremos que el horizonte de nuestros conocimientos se hace más pequeño á medida que avanzamos en el espacio. Es como si la amplitud de lo alcanzado no sirviera más que para hacernos comprender la inmensidad de cuanto se ignora.

Bajando, ó, mejor dicho, ahondando en la espiritualidad de la vida; yendo de lo compuesto á lo simple, en la investigación del citado elemento primario, de la unidad básica, no haremos más que chocar con el misterio de

todo lo vivo, cayendo, á poco que insistamos, en la más lamentable de las metafísicas. Quien mantenga firme el cerebro y sano el corazón no caerá en ese peligro; pasará junto á él, lo bastante cerca para comprender su existencia, yendo al estudio de los fenómenos materiales en que aquella unidad espiritual se manifiesta. Ese habrá de sentirse feliz al poder constatar que la existencia de un mismo elemento en el hombre, en el animal, en las plantas, quita al universo el rudo y salvaje aspecto que el absoluto materialismo le había dado. El vago aroma espiritual de esta nueva interpretación de la vida, hace al mundo más digno y le llena de un encanto glorioso.

El misterio del vivir, que en algunos hombres puede constituir una obsesión; ese afán de comprender lo que llamamos *destino*, se hace más agudo cuando, inesperadamente, nuestro camino se bifurca al cruce de otro y se produce ese nuevo, mayor y doloroso misterio que llamamos *acaso*. Todo lo más oculto de nuestro ser vibra entonces en ese delirio de lo imposible, pugnando por escapar á la dura ley de la materia y comprender el *por qué* de ese accidente que, al parecer, viene á interrumpir la marcha rectilínea de lo que juzgábamos inalterable, es decir, pre-destinado.

En el *acaso* demuéstrase la igualdad de ese elemento primario espiritual que no todos aciertan á distinguir más allá del hombre y que muy pocos ven fuera del reino animal. No es solamente el hombre el que al hombre se opone en la convergencia de los destinos. Muy frecuentemente el *acaso* brota del choque de dos vidas tan opuestas al parecer como la del hombre y la de un animal, la de un hombre y la de una planta, ó la de un mineral. El choque se produce, el más débil es asimilado por el más fuerte; pero, en ese choque se ha demostrado siempre la existencia de algo común, que en el hombre podremos llamar voluntad, en el animal instinto, en el vegetal perfume, en la piedra inercia, en el gas expansión, algo, en fin, que bajo diferentes denominaciones, bajo aspectos también diversos es universalmente lo mismo en su espiritualidad, esencia de un aspecto determinado de la vida.

No es posible comprender la ceguera de muchos que, ante el *acaso*, — bajo cualquiera de sus muchas formas — se han encogido de hombros, sin querer ver el problema que no siempre ha de presentar la misma faz, humana entre humanos.

La mayor parte de nuestros investigadores ha pade-

decido del error que sólo atribuye razón, voluntad, pensamiento, es decir espíritu, al hombre. Más allá no se ha extendido el campo de sus investigaciones. La vida humana les ha parecido bastante, contenidos quizás por el temor de que en cuanto ampliaran apareciera toda la pequeñez de su campo de acción ante la existencia de vastos y magníficos campos inexplorados. La vida del hombre ha merecido todos los cuidados de nuestros sabios y si en lo material la unidad primitiva les ha obligado á comparar los reinos, no han detenido un solo instante su pensamiento para acariciar esta idea de que un oculto lazo espiritual une todo lo existente, en una misma expansión de vida, — por lo tanto amor, belleza, etc.

Todo nos demuestra que además de la espiritualidad humana hay otras... Desde el gato familiar que duerme apacible sobre nuestra mesa, tranquilo y confiado; hasta el rosal que florece en la ventana, pagando con un poco de belleza el riego que representa su vida. Y la espiritualidad de todas esas vidas se pone á prueba en cuanto ellas toman parte en la nuestra, siendo, en la regularidad del destino ese misterioso *acaso* que interrumpe ó desvía su marcha. ¿Por qué lo juzgado inerte obra á veces como lo consciente? La materialidad unitaria explicará el *cómo;* pero no dará la razón, no dirá la causa....

II.—Mauricio Maeterlinck ha sido llamado «el pintor de lo inconsciente» por alguien que al sorprenderse ante el nuevo mundo espiritual descubierto por el autor belga, no llegó á comprender cuanta importancia adquirían en la obra de este las pequeñas y desconocidas vidas ocultas.

Maeterlinck rompe el viejo molde de la filosofía del hombre para el hombre y pasa á sorprender la relación oculta y hasta hoy inverosímil que une en estrecho lazo todo cuanto existe sobre la tierra. Llega así á la afirmación de que nada está aislado, de que nada existe por sí solo, de que á la unidad de la materia corresponde otra unidad espiritual, congregando y dando razón de ser á las más opuestas manifestaciones de la actividad sobre la tierra.

Esta gran tarea de filosofía elevada y pura parte de un enorme cariño á todo lo existente, es la muestra de un cariño como solo son capaces de sentirlo los grandes poetas cuya genial interpretación de la naturaleza proviene de un ilimitado amor, es decir, de una sincera asimilación.

Comenzó Maeterlinck siendo el filósofo de los humildes,

para llegar á la exteriorización de una teoría estóica que debía alejarle de los hombres cuanto más le aproximara á los grandes misterios, llevándole hacia las cosas, juzgadas sin alma. De ahi el estudio de las abejas, completado más tarde en un análisis poético y simbólico de la inteligencia de las flores, en una obra que viene á constituir el corolario de toda una lenta sistematización, en vista de una más lógica filosofía.

Los estudios sobre la vida de los humildes y la de las abejas no fueron más que los pasos necesarios para llegar á «La inteligencia de las flores» y ésta el comienzo de una trasmutación de valores filosóficos que alguna otra obra desarrollará completamente.

«L'intelligence des fleurs» no fué más que el complemento de su obra anterior, demostrando en ella, con gran acopio de argumentos, la perduración, al través del tiempo y en el espacio, de una gran fuerza misteriosa — por lo tanto sin designación posible — causa de nuestras acciones, que nosotros podemos desvíar y modificar con la voluntad y con la inteligencia, aunque con peligro, siempre, para otra vida.

Al estudiar las flores, Maeterlinck ha visto en ellas inteligencia, imaginación y genio. Y para hacernos sentir la impresión extraña que su espíritu ha sentido cerca de esas otras vidas, cuenta en capítulos maravillosos la existencia de esas flores inanimadas para los más; pero, cuyas pasiones, cuyos dolores, cuyos deseos ha sorprendido, viendolas vivir y haciéndolas agitar á nuestros ojos, como pudieran hacerlo seres humanos.

No pensamos en el artista cuando la sinfonía de la floración animada se nos presenta, viviendo vida natural y espontánea. Debajo de la trama del estilo, detrás de la brillante forma, adivinamos la idea, nerviosa, pura, corriendo como cristalino manantial que gota á gota brota de la piedra y sin que la tierra le sorba corre por entre la tupida red de las hierbecillas jugosas. La idea filosófica persiste como en toda la obra maeterliniana, pues la inteligencia, la voluntad y la imaginación deben llamarse vida, solo pueden ser expresadas como comprobación de algo más elevado. Maeterlinck destruye el error de la inconciencia de cuanto no sea el hombre y se complace en demostrar que la abeja, la hormiga, todos los vegetales, no se mueven por casualidad, sino por *algo* que todavía no podemos definir. ¿Voluntad? ¿Conciencia? Ante el enig-

ma el filosófo se detiene y el poeta no se atreve a soñar. No sueña, pero dice:

«Contentémonos con haber observado, fuera de nosotros, algunas manifestaciones de esta inteligencia. Todo lo que observamos en nosotros mismos debe sernos sospechoso: siendo á un tiempo juez y parte el hombre tiene demasiado interés en poblar su mundo de ilusiones y de esperanzas magníficas. Pero, que los menores indicios exteriores nos sean caros y preciosos. Los que las flores acaban de ofrecernos probablemente son bien pequeños respecto á los que nos dirían las montañas, el mar y las estrellas, si pudiéramos sorprender el secreto de su vida. Entre tanto ellos nos permiten presumir con mayor seguridad que el espíritu que anima á todas las cosas ó que de ellas se desprende es de la misma esencia que el que anima nuestro cuerpo. Si él se nos asemeja, si nosotros le asemejamos también, si todo lo que se encuentra en él se encuentra en nosotros mismos, si emplea nuestros métodos, si tiene nuestras costumbres, nuestras preocupaciones, nuestras tendencias, nuestros deseos hacia lo mejor, ¿es ilógico esperar todo lo que nosotros esperamos instintivamente, puesto que, seguramente, él también lo espera?»

Y este noble poeta, que es un gran filosófo, uno de los grandes filosófos de nuestras horas atormentadas de una época malsana y convulsiva, no llega á la gratuita, infantil y risueña afirmación. Tampoco cae en la tonta y hosca negación, tanto ó más fácil. Interroga á su vez á la esfinge, seguro de sí mismo, fuerte en la confianza que la inteligencia inmortal le merece y tranquilo en que algún día alguien hallará respuesta á su pregunta.

Ese día «las otras vidas» tendrán complemento lógico en la nuestra, en el triunfo de la vida, soberana eterna.

JUAN MAS Y PÍ.

LA LITERATURA Y EL CARACTER (*)

El amor á la literatura constituye en nuestras tierras desoladas refugio magnífico. Cuando fenecen los lirios de la virtud y la ignomìnia incendia las almas, podemos crear pequeños jardines íntimos, y cultivar silenciosamente bellas campánulas de amor y fúlgidas rosas del ideal. Refugio misericordioso do canta el ruiseñor del olvido y perpetúase en ánforas de bronce la nobleza ingénita de nosotros mismos, lo más puro del ser. Leed sino los libros que aparecen en Hispano-América, y encontraréis, aún en aquellos cuyos autores han llevado al exceso sus prostituciones políticas, cierta nobleza melancólica, cierta bella amargura que indica que al contacto del ensueño toda alma se purifica y engrandece. No me explico yo, empero, tales dualismos. La palabra del escritor vale por la austeridad de su vida, por las ideas que defiende, por los sentimientos que acaricia, por la probidad moral de que ha dado pruebas. Quien no sabe sufrir por sus ideales quien no sabe rechazar halagos é injurias, quien no es capaz de colocar la honra por encima del fausto y de las riquezas, no es digno de manejar la pluma. En nuestros pueblos incipientes, en nuestras democracias acéfalas, ni el poeta tiene el derecho de preferir la estética á la moral.

El papel que le tocaba desempeñar á nuestra generación en América era verdaderamente envidiable y decisivo. Después de la generación que creó la Patria, después de la generación que implantó la República y concibió las leyes, la nuestra debía solidificar y perfeccionar tan magnas obras, estableciendo el régimen permanente de la li-

(*) El libro *Ensueños y emociones*, de Felipe Valderrama, brillante escritor venezolano que dirige el *Mes literario* de Coro, trae como prólogo unas páginas de Pedro César Dominici, el reputado autor de *Dyonisos*, las cuales hemos creído oportuno reproducir, por compendiar en bellas y honestas palabras todo un severo credo de arte.

bertad, destruyendo el caciquismo militar, educando el pueblo. En casi toda la América Española, nuestra generación ha sido inferior á su momento histórico. Las Ciencias, las Letras, las Bellas Artes nos deben su apogeo: la República nada nos debe; ni nuestros pueblos pueden enorgullecerse del relajamiento del carácter nacional que con la palabra y la pluma hemos forjado. El talento puede salvar individualmente á un escritor del olvido, mas no salvará nunca á una generación de hombres del oprobio en que yace envuelta la época que le tocaba presidir.

En nuestros pueblos incultos, observan con marcada desconfianza á los que sólo llevan la lira del poeta — antes divina — como instrumento de trabajo. Si ante ella no van cerrándose todas las puertas como en la leyenda maldita, predispónense los ánimos para la defensa. El labrador, el obrero, el agricultor no comprenden la gerarquía del escritor, porque no se la hemos enseñado á apreciar, porque no les hemos demostrado que nuestra superioridad no estriba únicamente en construir rimas y edificar bellezas, porque no les hemos hablado en el lenguaje que la muchedumbre ama y admira: el de los actos; porque no hemos sabido probarles que en nuestra aristocracia sólo son dignos de vestir la púrpura aquellos que poseen ambas grandezas: la del talento y la del carácter. Sembrador de ideas, es ya casi sinónimo de corruptor de multitudes. A ese abismo hemos llegado: á avergonzarnos del más envidiable privilegio, á denigrar del más noble sacerdocio, á permitir que se demuestre impúnemente: ¡que es el talento enemigo de la virtud!

Efímero fué siempre el triunfo de los cortesanos. En política, en arte, en literatura, la prostitución es momento transitorio. Pasadas esas hecatombes trágicas del honor y del buen gusto, toda nobleza prevalece, y el nombre del ciudadano como el título del poeta, volverán á merecer el respeto de la plebe. Mientras llegan esos tiempos venturosos, quien escribe estas líneas no gritará como el poeta heleno á los hombres de su generación: «Si queréis salvaros, sed geniales,» sino más eficaz y perentoriamente: «¡Si queréis salvaros sed dignos!...»

*
* *

Allá, en los lejanos tiempos de 1894, cuando Pedro Emilio Coll, L. Urbaneja Achelpohl y yo fundábamos en Caracas la revista literaria *Cosmópolis*, y desplegábamos

ante los ojos del clasicismo y del puritanismo académicos la bandera «modernista», lanzando audazmente la semilla revolucionaria sobre los campos en donde triunfaban el presbítero Balmes, el novelista Javier de Montepin y el crítico español Valbuena, un paladín respondía al llamamiento fundando en Coro la revista *Miniaturas*, que defendía los mismos ideales: era Felipe Valderrama, en quien cantaba ya la adolescencia.

Cosmópolis vivió más de un año, en un medio ambiente contrario, tiempo suficiente para que el venero de las formas revolucionarias cayese abundantemente sobre la senda que el ancho surco de nuestro arado había trazado, y en donde, al lado de Spencer, Lombroso y Taine, cantaban Verlaine y Baudelaire. En aquella redacción nacieron á la vida literaria muchos nombres que gozan de envidiable buena fama en América. *Miniaturas* seguía camino paralelo al nuestro en el otro extremo de la República, propagando nuevas teorías, ampliando valerosamente los límites del pensamiento nacional. Ignoro cuántos meses duró aquella revista; mi primer viaje á Europa; mi verdadera iniciación en los templos de la Belleza, mi transformación espiritual al contacto con las grandes fuentes de sabiduría, hiciéronme olvidar momentáneamente patria y amigos. Una noche, cenando en un café del *boulevard* con un poeta recién llegado de la tierruca, recordando cosas amables, hablando de antiguos compañeros, le pregunté por Felipe Valderrama. — «Murió hace poco en Puerto Cabello,» respondióme. Luego hablamos de otro asunto. Y sucedió un largo silencio, interrumpido por las quejas voluptuosas de los violines ó el lento y lánguido sollozo del violoncelo.

A la verdad, Valderrama gozaba de excelente salud, y no entraba en sus propósitos atravesar tan pronto la Estigia, ni pagarle el óbolo á Carón, ni darle pan con miel á Cerbero. Probábalo publicando un librito: *Paisajes de Alma*, suave y nostálgico, poblado de acentos generosos, escrito en prosa musical de estilo modernista. *Ensueños y Emociones* posee las mismas virtudes, aunque en mayor grado de perfección: sueños, impresiones, sensaciones, dolores de la vida, desengaños, esperanzas, de todo hay en este libro en donde preside Nuestra Señora Melancolía, cual hermosa dama que una cuita de amor consume. Las composiciones fantásticas ó imaginativas son quizá las más bellas del volumen; cuando el autor habla de hadas y duendes, el humo azul crea pálidas visiones de ensueño, el

poema sonríe, y el habitual pesimismo se transforma en riente aurora; murmuran las fuentes, cantan los pajarillos, escóndese la noche. Más crueles resultan luego las amarguras de la realidad, las tristezas de la patria, y las perfidias de los amigos; pero es envidiable privilegio poder olvidar con los acentos de la lira las rudas batallas de la existencia.

Felipe Valderrama es escritor sincero y probo. Su labor incesante en la prensa literaria, su entusiasta ardor de propagandista, la lealtad de su compañerismo le hacen merecedor al afecto y estimación de quienes sepan buscar en el talento las cualidades del espíritu y la nobleza del corazón.

Temo, sin embargo, que la generosidad de Felipe Valderrama, su afán de dar á conocer en Venezuela á los escritores de América y en América á los escritores de Venezuela, le haya quitado vagar para emprender, con la crítica ó el poema, obra de mayor aliento; y tanto más sensible resultaría esto, cuanto que casi todos esos señores serán los primeros en mostrarse desagradecidos y en hablar mal mañana del compañero que con tanta nobleza les consagró tiempo y juventud.

Nos conviene aislarnos de tiempo en tiempo, separarnos de todo contacto mental, abandonar libros, papeles, periódicos, correspondencias amistosas, vocablos inútiles, entregarnos á meditar, apacibles, lejos del mundo y de la vida: sólo así podemos emprender con provecho el dulce placer de soñar, de acariciar grandes ideas, de concebir obras fuertes. Bien me explico yo las meditaciones de don Quijote en el corazón de Sierramorena, y la costumbre de los caballeros andantes de transformarse en pastores para reconfortar el ánimo; sin las volteretas y otras penitencias extravagantes que causaban la admiración de Sancho, la soledad y el aislamiento son cosas mas necesarias á quien se dedica al ejercicio de las Letras que á quien con el de las armas se solaza. Y tengo como causa primordial de la inaptitud que se observa en nuestros escritores para crear obras sólidas, esa perpetua promiscuidad de las almas, propias de ciudades despobladas y de temperamentos exuberantes y comunicativos. Por eso juzgo urgentes en aquellos climas abrasadores esos baños de soledad y apartamiento, puesto que si no produjesen obras maestras, servirían de exámen de conciencia y reconfortarían el carácter, única fuente límpida de la grandeza nacional y del orgullo de la Patria.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

VERSOS

Tarde de amor y primavera

Tarde de amor y primavera, octubre!
Canta un gorrión locuaz en mi ventana
y el jazminero de blancores cubre
el carcomido muro y lo engalana.

Bajo la paz azul de primavera,
todo es fragancia y trino en luz de ocaso,
como el rumor de una canción ligera
que entrega al viento una boca de raso.

Salen los niños de la vieja escuela
para llenar el barrio de alegría,
y esa vuelta al hogar me desconsuela. . . .

Todo lo mío el tiempo lo ha llevado
y tú también, amada, no eres mía
pues quiere mi dolor que no sea amado.

Junto á la enredadera

Oh, si un atardecer de primavera
volvieras hasta mí que espero en vano;
cuando huele tan bien la enredadera
y en cada flor quiero besar tu mano!

Qué hermosa la canción que te diría
en un atardecer con voz medrosa!
una canción ingenua que sería
como las madreselvas de olorosa!

Los chicuelos del barrio (hay uno rubio
que es más bueno!) besarían tu boca,
al sentir del jardín el vago efluvio,
en un atardecer de primavera...

Oh, viejo sueño que mi amor evoca,
porque huele tan bien la enredadera!

Canción de niños

Por la entreabierta ventana
entra aroma de violetas;
por la ventana que dá
á la enlunada calleja.

Abajo unos cuantos niños
cantan una canción vieja. . . .

(La canción que ella cantaba
cuando cortaba violetas,
en aquel viejo jardín
que oyó nuestras confidencias).

Es la dulce cancioncilla
que huele bien á violetas;
la cancioncilla que cantan
los niños en la calleja. . . .

El amor del Domingo

Mayo. Domingo. Sol
en las calles. Doradas
las hojas de los árboles
que van cayendo mansas.

Una joven pareja.
Dos enamorados,
á quienes no conozco
ante mí van pasando.

Ríen. Ella es hermosa
y él moreno. Y hablan
desordenadamente,
sin reparar en nada.

En la esquina dan vuelta.
Acaso no he de verlos
nunca más. Dos enamorados:
ella hermosa, él moreno.

Estas hojas que caen!
Esta tarde de mayo!
Este domingo y esos
dos enamorados!

Por las calles soleadas. . . .
¡oh, viejo sueño mío,
que voy acariciando
la tarde de un domingo!

RAFAEL DE DIEGO.

Consejos

Sé algo en esta vida, hombre.
Guija ó montaña, apóstol ó bandido;
Algo sé, que tu nombre
Se salve del olvido.

Caer sin ser llorado ó maldecido
Es trance triste y fuerte:
Hielo es indiferencia,
E ír sin dejar rastro en la existencia
Es cobrar anticipos á la muerte.

*
* *

Pon un poco de tu alma en cada casa,
En cada rítmo de tu sangre un poco;

Sea tu vida un ave milagrosa
Que suba siempre. . . y que te llamen loco.

Hazla serena y por lo mismo bella.
Fórjate un horizonte,
Y en el azul incierto del tramonte
Ilumina tu estrella.

A Hamlet que interroga,
Prefiere á Sócrates que afirma: labra
Tu propio bien y sea tu palabra
El blanco esquife en que tu esencia boga.

Que todo surja de tu ser, marea
Por una fuerza ascensional movida;
Y levanta en el cáliz de la idea
El espíritu santo de la vida.

D. A. ROBATTO.

Barrio Holandés

"Porque hay cosas pueriles, como rascarse la nariz, que se complican de una manera abstracta y ridícula. Y en verdad que esto acontece cuando hay ausencia de nariz".
(Del libro de las vainoletas).

Perfectamente
serio luce un buey
su gravedad teológica. No hay gente
por la calle. Amarillo

de mamey
resulta el cielo. Y puestos á secar
en una alegre tapia de ladrillo,
flotan dos camisetas, un calzón

de algún lobo de mar,
con un remiendo azul en el fondillo,
y junto á enorme par

de gruesos calcetines de algodón,
cuelga la indiscreción
de un calzoncillo.

Mientras llueve

No me deja
salir el aguacero
pertinaz. Y en la tísica calleja,
debajo del alero,

se queja un organillo. Dulcemente
me arrulla con su queja
mimosa el organillo plañidero,
mientras yo mentalmente

musito dormitando: No me deja
salir el aguacero
pertinaz. No me deja
salir el aguacero.

LUIS C. LÓPEZ.

Barranquilla (Colombia)

COMEDIA
DE PEQUEÑOS BURGUESES

TRES ACTOS

por

ALBERTO GERCHUNOFF

PERSONAJES

D. Gustavo
Javier
Ismael
Elvira
Juanita
} hijos de Don Gustavo.
El señor Pérez
Luis
Ricardo
Una criada

ACTO PRIMERO

Sala amueblada con gusto incierto. Predomina el tono claro. A derecha e izquierda, sillas de aspecto elegante, tapizadas de tela, en que se destacan amplias flores verdes y galones de oro. En el ángulo un piano sobre cuyo lomo se alinean chucherías de adorno: un árabe de celuloide con lanza y albornoz, una margarita de loza, un violetero en forma de esquife, y en los extremos, dos floreros de estilo japonés en que languidecen ramilletes. Del centro del cieloraso desciende una araña un poco chillona, con focos velados por tulipas modernistas. En otro rincón, una columna de cedro soporta un reloj Luis XV; al lado un estante con piezas de música. En la pared lateral se ve un cuadro con escenas de cacería; enfrente uno que representa un castillo en ruínas. Enmedio de la sala, sobre una mesita de mármol, se amontonan revistas y un álbum de fotografías.

ESCENA I

D. Gustavo, Javier, Ismael, Elvira, Luis, Juanita y el señor Pérez

(Elvira está sentada sobre el sofá; D. Gustavo en un sillón, fumando un cigarro de hoja; Juanita revuelve, casi de rodillas ante el estante, las piezas de música; Luis conversa en voz baja con Elvira; Ismael hojea los periódicos en la mesa, y Javier se pasea).

Javier:—*(Veinticinco años, correctamente vestido, traje oscuro).* Convengamos en que el café está admirablemente hecho. Usted, señor Pérez, que todo lo aprueba con las mismas palabras... ¿Qué le parece? dígame...

Sr. Pérez:—*(Cincuenta años, aspecto común, calvo y bondadoso, de sienes grises).* El café, querido Javier, está admirablemente hecho.

Elvira:—*(Veinticinco años, elegante, sencilla, el cabello negro peinado á la moda; de movimientos ágiles).* Ya ves, Javier; el café le parece admirable.

Juanita:—*(Dieciocho años, rubia, de ademanes bruscos, vestida con elegante simplicidad. Murmura como para sí).* Czerny... Czerny... Czerny...

D. Gustavo:—*(Sesenta y cinco años, algo obeso, de recio bigote gris, de escaso cabello plateado y gorro en forma de solideo).* Tú quieres siempre que Pérez tenga opiniones atrevidas. Lo conoces desde que naciste y todavía no desesperas. Además el café no se presta á mayores discusiones. Si fuera política....

Juanita:—¿Dónde está ese Czerny, Elvira?

Elvira:—Allá, muchacha, no lo he tocado.

Ismael:—*(Veintiocho años. Deja los periódicos y se acerca con la tacita de café adonde están Elvira y Luis).* ¿Oyen ustedes? Juanita los amenaza con sus escalas. *(Deja su tacita en la mesa; enciende un cigarrillo).* Escalas hasta las once de la mañana; escalas de 2 á 4, escalas de 8 y media á 10 y media...

Juanita:—¿Te irritan?

Sr. Pérez:—En efecto el café es realmente una maravilla. Elvira, no tomo otra taza por temor á los nervios...

Javier:—Papá, el señor Pérez acaba de expresarse en un tono poco habitual.

Luis:—*(Treinta años, de jaquet, afeitado).* Y de declararnos que tiene nervios....

Ismael:—*(A Luis).* Pues Juanita ni siquiera se acoge á la jornada de ocho horas. ¡Si por lo menos nos conmutara la pena de las escalas por algún vals de opereta!...

Elvira:—O por la romanza de «Tosca».....

Luis:—No, por Dios; prefiero las escalas.

Elvira:—¿Qué dices de esto, Juanita? Y Luis va al Colón. Es cierto que allí no se oye más que «Traviata» ó «Sonámbula»...

Luis:—Me explicaré....

Juanita:—Déjalo, Elvira; quiere ser galante conmigo...

Luis:—Digo que me explicaré. Prefiero las escalas de... ¿cómo se llama su músico, Juanita?

Juanita:—Czerny.

Luis:—Pues solo aquí oigo las escalas del excelente Czerny; en cambio los valses de opereta y la imprescindible romanza de «Tosca» me aturden en el restaurant, en el salón de lustrar, en el fonógrafo de mi casa, en los fonógrafos de mis vecinos. ¿No le parece, señor Pérez?...

Sr. Pérez:—No tengo opiniones en música.

D. Gustavo:—Puedes opinar, Pérez; las ideas sobre música no comprometen los negocios.

Juanita:—*(Levantándose, y con gesto cómicamente aver-*

gonzado). ¡Bien! Si se burlan de mí, no toco los ejercicios esta noche. ¿Creen ustedes que no me aburren las escalas? Me gustaría más cualquier tango. Además, los tangos están de moda en París...

Elvira:—A mí me entretienen las escalas. Hasta me parecen agradables. Nada expresa mejor el aburrimiento que esas notas eternamente iguales.

Juanita:—¿Ves, Ismael? Y eso que Elvira toca el piano como una maestra.

Sr. Pérez:—Es cierto. Gustavo ¿y nuestra partida de ajedrez?

Gustavo:—Hombre ¡tienes razón!

Juanita:—¿No ven? Ustedes aburren al señor Pérez más que mis escalas.

Sr. Pérez:—*(Acercándose á Juanita, y poniéndole las manos en los hombros con gesto cariñoso).* Está prohibido reirse de los viejos....

D. Gustavo:—¿Viejo tú? No se diría, al verte todas las tardes frente á la bombonería de la calle Esmeralda.

Elvira:—¿De veras?, cuenta papá...

Sr. Pérez:—*(Dando un paso hacia D. Gustavo).* ¿Qué dices?

D. Gustavo:—Nos lo contó Luis....

Luis:—¿Yo?

Juanita:—Fué Ismael....

Ismael:—Me lo dijo Javier...

Javier:—Hasta en eso te pareces á papá.

D. Gustavo:—Vamos á ver ¿en qué?

Javier:—No es un elogio, viejito...

D. Gustavo:—¿Ves Pérez? me tratan de viejo.

Sr. Pérez:—Lo mejor es hacer el partido de ajedrez.

D. Gustavo:—Haremos nuestra sólida partida de ajedrez... Vamos....

Ismael:—Esto aburre más que las escalas de Juanita.

Sr. Pérez:—¿Aquí ó en el comedor?

D. Gustavo:—En el comedor; aquí nos estorbarán esos malhechores.

Sr. Pérez:—Vamos. *(Salen D. Gustavo y el Sr. Pérez).*

ESCENA II

DICHOS, MENOS D. GUSTAVO Y EL SR. PÉREZ

Elvira:—¿Y qué ha hecho hoy, Luis?

Luis:—Lo mismo que ayer, exactamente.

Juanita:—¿Y qué ha hecho ayer?
Ismael:—Lo mismo que hoy.
Luis:—Ni más ni menos.
Elvira:—Es decir...
Luis:—Es decir que me aburrí mucho...
Javier:—Es una novedad.
Ismael:—Lo mismo nos pasa á todos.
Juanita:—Yo no me aburro.
Elvira:—Ni yo.
Luis:—¿Preguntamos al señor Pérez si se aburre?
Elvira:—No; está jugando al ajedrez y es peligroso exponerse al altercado.
Javier:—Es muy irascible cuando está en su partida de ajedrez.
Elvira:—Desde que tengo uso de razón, sostiene el buen hombre que juega mejor que papá.
Ismael:—Claro está. Pierde con la regularidad de un sistema.
Juanita:—Menos una vez.
Luis:—Ya sé. Ganó una vez que don Gustavo se encontraba con influenza.
Javier:—Luis ¿y tu primo? Me anunció esta mañana por telefóno que vendría á cenar.
Luis:—Hoy no lo he visto á Ricardo.
Juanita:—Es un tipo informal.

ESCENA III

DICHOS — RICARDO

Elvira:—Se lo contaremos, Juanita...
Ricardo:—*(Asomándose por la puerta que comunica con el interior. Veintidos años).* ¿Hay permiso?
Javier:—Hombre!...
Ismael:—Oh!
Elvira:—Hablando á la....
Juanita:—Adelante, informal.
(Al unísono).
Luis:—Se viene á cenar, cuando uno se invita solo...
Juanita:—Y se cumplen las promesas cuando se hacen.
Ricardo:—*(Hace un saludo general y después da la mano á Elvira y Juanita).* Buenas noches.
Elvira:—Juanita está indignada con usted.
Juanita:—Ya lo creo. *(Al darle la mano á Ricardo:)* ¿como está, informal?
Ricardo:—Me lo dice por tercera vez. La primera la oí cuando saludaba en el comedor á don Gustavo y al

señor Pérez. *(Dirigiéndose á Luis)*. Bibí entró tercero. Fiate de pronósticos....

Elvira:—Esas tenemos....

Juanita:—Si son unos jugadores...

Javier:—Noto que no tenemos de que hablar.

Elvira:—¿De qué quieres que hablemos?

Juanita:—De algo interesante.

Ismael:—Juanita ha leído «Amalia» y «Los Miserables», con grave perjuicio para su aprendizaje musical, y desde entonces sólo la distraen las catástrofes....

Javier:—A mí me aburren también las catástrofes.

Juanita:—Acaban de ofenderme, Ricardo.

Luis:—Lo hemos notado.

Ricardo:—Pues yo no me aburro.

Elvira:—¿Cuando está con nosotros?

Ismael:—*(A Luis)*. ¿No te parece que Elvira generaliza demasiado?

Javier:—Juanita, hay alusiones...

Juanita:—Que sigan y saco á Czerny.

Ricardo:—¿Y eso qué es?

Elvira:—Ejercicios musicales...

Ricardo:—¡Ah! Comprendo la amenaza en todo su horror... Estaré sometido durante dos horas á la tortura de lás escalas... En eso, las muchachas de casa son infatigables...

Javier:—Si ustedes no dan con un tema de conversación más ameno, les dejo y me voy...

Ismael:—Al Casino.

Luis:—Naturalmente...

Juanita:—¡Qué desfachatado!...

Javier:—Hija mía, los «music-hall» forman una institución respetable. Se vé en el escenario mujeres bonitas que tienen además la ventaja de usar vestidos... ¿cómo expresarme?

Elvira:—Ya, ya...

Ricardo:—*(Riéndose)*. Vestidos sintéticos...

Ismael:—Nos faltaba un tema ameno y hemos abordado uno bastante alegre.

Luis:—Y lleno de colorido...

Javier:—Para no escandalizar me voy.

Elvira:—*(Jovialmente)*. ¿Y crees que nos escandalizas?

Ricardo:—Todo es permitido cuando se sabe hacerlo en cierta forma. Mi tía Pepa, por ejemplo, detesta las conversaciones serias, pero no tolera las segundas intenciones sino cuando están revestidas con habilidad...

Luis:—Estoy de acuerdo. La sociedad me abruma.

Juanita:—Usted, Luis, es una verdadera joya.

Javier:—Soy enemigo de la sociedad...

Javier:—No obstante, ustedes realizan el ideal de las tertulias de los pequeños burgueses, adocenados, metódicos, llenos de rubor, y claro está, me aburren y me voy... Hundido en una butaca del «music-hall», con mi buen habano, me entretendré en mirar á los ancianos de venerable barba y aspecto de próceres, que no quitan el binóculo de las bailarinas...

Luis:—¿Te distraen más los ancianos que las bailarinas?

Ricardo:—En efecto son divertidos esos señores, que ni siquiera en esa clase de teatros pierden en gravedad y su porte de salvadores del país....

Juanita:—Pero ustedes no van á esos teatros por el público...

Javier:—Lo dicho. Señoritas, caballeros, ustedes me aburren y hasta la vista. *(Saluda á Luis y Ricardo con gestos familiares y sale).*

ESCENA IV

DICHOS — MENOS JAVIER

Juanita:—Se ha ido habiendo visitas.

Luis:—Convengamos en que somos visitas tan cuotidianas como el señor Pérez... Al menos, espero no pasar por visita...

Ricardo:—No te apresures... Ya vendrá tiempo...

Luis:—Ricardo, Juanita no se distrae; es preferible que seas un poco más galante con ella, y no que me pongas en situaciones difíciles...

Ismael:—¿Tratas de inspirar consideración?

(Durante este último diálogo, se nota á Elvira un tanto nerviosa, nerviosidad que disimula fingiendo arreglarse el cabello ante el espejo).

Juanita:—Ricardo, se le ha dicho que sea usted más galante conmigo. Veamos. ¿Porqué no me hace la corte?

Ismael:—¿Eh? Y esto que Juanita no ha leido más que «Amalia» y «Los Miserables»...

Juanita:—Pero me llevan al teatro en los días en que no se dan más que obras morales...

Elvira:—Ustedes saben tan sólo de esas dos novelas. Yo, en cambio, sé que es bastante más curiosa.

Juanita:—No mientes...

Luis:—Estudiaba en el colegio de la Inmaculada y de allí se sale con una preparación muy completa...

Juanita:—Si he leído algo es porque lo saqué de la biblioteca de Ismael....

Ricardo:—Si es así, debe haberse ilustrado en muchas cosas...

Ismael:—No me inquietan las lecturas de Juanita. Ha estudiado en una escuela de hermanas. Nada casi puede aprender en mis libros. Además, ya conocen mi teoría...

Luis:—*(A Elvira).* Nos aburrimos colectivamente y no nos dejan hablar. ¿Va al recibo que dan en casa, el lunes?

Elvira:—Claro que sí...

Ricardo:—En los recibos de tu casa se puede hablar con comodidad. Como va tanta gente... Voy el lunes.

Juanita:—Y yo también.

Ricardo:—Es porque voy yo...

Ismael:—¿Sí, eh? Y en mi presencia...

Ricardo:—Tu hermana me dijo que le haga la corte...

Juanita:—Mire, Ricardo: Haga exponer á Ismael su teoría sobre lo que habló la otra noche, y así usted podría conversarme con más tranquilidad.

Ismael:—¿Sabes que eres ingeniosa?

Juanita:—Lo sé. En un tiempo lo era también Elvira. Ahora no lo necesita, porque Luis no tiene novedades que comunicarle.

Elvira:—Juanita, llama á la sirvienta.

Juanita:—¿Tomamos té tan pronto?

Elvira:—Precisamente.

Juanita:—¿Aquí ó en el comedor?

Ricardo:—Aquí. ¿Verdad, Elvira?

Ismael:—Es una estratagema inútil. Papá y el señor Pérez no les estorbarán. No oyen cuando están con su ajedrez

Luis:—¿Y porqué tenemos hoy el té más temprano que de costumbre?

Ricardo:—Esto honra á las visitas.

Juanita:—¿Usted se considera visita?

Luis:—*(Acercándose á Elvira mientras Juanita, Ismael y Ricardo forman grupo aparte).* ¿Qué podría hacer yo para que se aburra menos? Comienzo á creer que no hago lo posible para distraerla mientras estoy aquí...

(Al mismo tiempo ocurre este otro dialogo:)

Juanita:—Elvira tiene hoy una noche fatal.

Ismael:—Nunca se muestra más animada. El único

que sabe pasar el tiempo soy yo: cuando me canso de estar callado, hablo; cuando me canso de hablar, callo. En el peor de los casos leo ó juego al billar con papá...

Ricardo:—Y Luis que es poco locuaz...

Juanita:—Y Elvira que es tan novelera.

Elvira:—*(A Luis)*. Soy yo la culpable. Realmente, vivo una vida que me llena de hastío. A cada hora la misma cosa. ¡Siempre lo mismo! Oigo las mismas conversaciones, las mismas cosas. Y usted para variar — y no se lo digo como reproche — me dirige habitualmente las mismas galanterías...

Luis:—Confieso que no soy un hombre de recursos en este sentido. ¡Y bien lo sabe usted! No me conoce de ayer. Cuando le expresé por primera vez mi plan creyendo que podríamos ser felices, le dije que soy un espíritu muy simple, nada ocurrente, bueno y, que talvez podría hacerla dichosa puesto que yo lo sería al lado suyo...

Ismael:—Si hiciéramos unas carambolas, Ricardo.

Ricardo:—Me parece bien....

Juanita:—Yo voy á apuntar.

Ismael:—Eso no; en primer lugar, Ricardo cuando juega al billar no cuida mucho el lenguaje y además, la otra noche noté que le apuntabas más carambolas de las que hace.... Seguramente te distraes...

Ricardo:—¿De veras?

Juanita:—¿Y lo notaste? ¡Pero me olvide del té! *(Da unos pasos hacia Elvira)*. ¿Entonces tomamos el té aqui ó en el comedor?

Luis:—Lo recuerdo Luis. Usted se presentó como el modelo del pequeño burgués. Tranquilo, sin vicios, sin arrebatos... ¿Qué dices, muchacha?... En el comedor, sí, en el comedor.

Ricardo:—*(Acercándose)*. Luis, voy á probar fortuna en el billar. Ismael me desafía... ¿quieren asistir al lance?...

Luis:—Yo ni puedo asistir al té... Tengo cita con un caballero en el club. ¿A qué no adivinan el motivo de la cita?

Ismael:—Un dato de carreras.

Juanita:—Un negocio; porque Luis no olvida los negocios ni siquiera de noche...

Ricardo:—Con toda seguridad...

Elvira:—Una cuestión de terrenos...

Luis:—Adivinó Elvira. Un terreno que me ofrecen, y como cité á la persona, olvidándome que los visitaría hoy...

Elvira:—Se explica. Un hombre metódico, un pequeño

burgués, como dice usted, no debe olvidar los negocios. Mas, un hombre metódico, dispone su tiempo en partes ordenadas y tampoco olvida las horas de visita...

Ricardo:—*(A Luis).* Esta vez no te será fácil defenderte.

Luis:—Tiene razón Elvira. Todo prueba que soy un hombre desprovisto de imaginación. Pude haber anunciado la necesidad de irme, ver el efecto y después manifestar que me quedaba, despreciando mi cita comercial...

Elvira:—No lo permitiríamos. Los negocios son los negocios...

Ismael:—*(Firmando en el aire)* Mirbeau...

Elvira:—Además, fué una broma mía... Como usted nunca nos da una broma, tenemos que dárselas alguna vez...

Ricardo:—¿Nuestra partida de billar?

Ismael:—En seguida... Mira, Luis, mi hermana está profundamente aburrida. Y, claro, está de mal humor... Te diré más: Elvira es una excepción en la familia: es un temperamento novelesco y heróico. Su monotonía la desvanece y estoy seguro que un loco con un poco de inteligencia — ó un inteligente con un poco de locura — la distraería con menos dificultad que nosotros...

Elvira:—Tal vez sea cierto...

Ricardo:—*(á Ismael)* Uno como tú...

Ismael:—Como yo, no. Yo soy también el tipo del pequeño burgués de que hablaba Elvira. Nunca me aburro. Javier se va al «music-hall»; papá se eterniza con el señor Pérez junto al tablero de ajedrez; Juanita ataca las escalas; Elvira una novela, y quedo, se puede decir, solo en casa. ¿Saben cómo me distraigo? Como un poeta. Porque los burgueses, en el fondo, son gente dada á la sensiblería. Miro por la ventana de mi cuarto, afuera. Se ha convenido que una noche serena es poética. No lo son menos la luna y las estrellas, que según un diccionario, tachonan el cielo. Todo eso constituye un elemento de poesía. *(Contando con los dedos de las manos)* Cielo, estrellas, luna... Si hay un poco de viento la poesía adquiere también su expresión musical. Así me distraigo de un modo primitivo y elegante. Me siento protagonista de algún apacible romance heróico, generalmente sin querer. Alguna novia de la época en que yo estaba en el colegio y soñaba ser príncipe, presidente de la república ó teniente de coraceros...

Elvira:—Es que á mí el cielo, la luna, las estrellas,

me parecen igualmente poéticas y á ello debo que la cosa me resulte más aburrida...

Ismael:—*(á Juanita)* Cuida del té, muchacha, que yo y Ricardo haremos la partidita...

Luis:—Y yo me voy... De manera que me perdonan lo del negocio á estas horas...

Elvira:—Por mi parte...

Luis:—*(Se despide de cada uno rápidamente. A Elvira).* Mañana podríamos ir al teatro. ¿Qué les parece?

Juanita:—¡Una admirable idea!... ¿Verdad, Elvira?

Elvira:—Veremos.

Luis:—*(Dando la mano prolongadamente á Elvira).* Entonces, hasta mañana...

Elvira:—Hasta mañana...

Ismael:—Buenas noches, Luis. *(Tomando á Ricardo de un brazo).* ¡Al billar, que hoy no tengo ganas de distraerme con la noche y con el cielo!...

(Salen primero Luis, después Ricardo é Ismael).

ESCENA V

ELVIRA — JUANITA

Elvira:—*(Mira fijamente á Juanita un instante que se ha quedado como leyendo en sus ojos. Oculta la cara entre las manos durante unos segundos; se restrega después los ojos cual si quisiera ocultar lágrimas).*

¿Qué me dices, Juanita? Una cita con un señor, á estas horas para tratar un terreno y á mi me deja aquí, muerta de fastidio...

Juanita:—Estás un poco alterada. Nunca te he visto como esta noche. Por otra parte, la conducta de Luis no puede asombrarte. Luis es lo que se llama un buen muchacho. Sería capaz de dar la vida por tí, pero no sabe como hay que platicar con una novia hermosa que ha leído todo Dumas y sabe poesías de memoria...

Elvira:—No te rías, es muy serio. Luis es en efecto, un buen hombre. Sé que me quiere. No creo que fuese capaz de dar la vida por mí cuando dá una hora de estar conmigo por un asunto de negocios. Somos distintos y ¿me entiendes? correcto, generoso al uso corriente, no se anima á decir lo que no ha oido ni pensar lo que otros no hayan pensado. Viste mejor que el señor Pérez, pero pertenece á la misma familia de almas. Me veo ya su mujer é imagino el porvenir. Una casa como esta, con el

inevitable piano y el inevitable bibelot con las porcelanitas adentro. El y yo como dos extraños, dos espíritus ajenos que no se penetran, no se encuentran. Tendré hijos y viviré ahogandome en los deberes comunes, minuciosos y tristes de los hogares que respiran con honestidad vulgar, en que todo está sometido á un orden invariable...

Juanita:—*(Tomando á Elvira de las manos)*. Inventas motivos para atormentarte.

Elvira:—¿Necesito inventarlos?

Juanita:—Una pregunta ¿quieres á Luis? á mí se me ocurren ustedes unos novios muy raros. Ustedes se tratan ceremoniosamente. ¿Me disculparás? El domingo, encontré en tu cuarto sobre el velador, una cartita de Luis. Ví que te llamaba «su amiga». Pues Ricardo, al día siguiente de habérseme declarado, me escribía llamandome «negrita»... Dime ¿le quieres?

Elvira:—¿La verdad? *(Suspira profundamente)*. No lo sé con certeza... Me es simpático, simpático y nada más...

Juanita:—En tal caso y... es esta la razón y no porque...

Elvira:—*(Con viveza)*. No, no es eso. Es que Luis es tan apático, tan meticuloso, en suma tan lejos de lo que desearía que fuera... En fin, me siento muy deprimida...

Juanita:—Las novelas, Elvira. Quisieras que tu novio fuese un héroe que asombrara, que te llenara de palabras.

Elvira:—Que fuera algo, que tuviera alma. Mira, que tenga al menos un rasgo de brutalidad, que no sea en todo el señor Pérez... Programa de aburrimiento y de hastío angustioso.

Juanita:—Has hablado recién de la casa correctamente puesta, del piano y del bibelot, de los hijos, de la tranquilidad. ¿Se puede, hay derecho á aspirar á otra cosa? La vida tranquila tiene su dulzura, la quieta dulzura de los hogares honrados, en que se cambian los días como las horas en la esfera del reloj, silenciosamente, tristemente si tú quieres, mas con una infinita placidez. ¿Acaso me espera otro porvenir? Ricardo no es rico. Empleado de oficina, tiene el futuro de los empleados: una vivienda decente en un sitio retirado de la ciudad, teatro los sábados á la noche y nada más. Sin embargo, estoy segura de mi felicidad y cuando me alcanza en un rincón para darme un beso, quisiera estar ya en mi casa para devolvérselo sin miedo... Es como, como dice Ismael, que suele decir cosas bellas, la poesía de los pequeños burgueses...

Elvira:—Ricardo al menos tiene la audacia de dar

un beso á su novia. Luis no ha tenido tales arrebatos. Espera la libreta del registro civil para tratarme de «tu» y darme un beso. ¡Ea, francamente, Luis me harta, y me harta eso de la tranquilidad, de la dicha apacible! Siento en mí otro instinto, otro impulso y no quiero desvanecerme al lado de un hombre que escribe cartas á la que será su esposa en el mismo estilo en que tramita la venta de un solar...

Juanita:—¡Novelerías, querida, novelerías!... ¿Sabes? Te domina todavía el recuerdo del estudiante aquel....

Elvira:—¿Aquél? Lo designas, así como si fuera un transeunte que vieramos del balcón... Aquél, aquél era mi alma, aquél era un noble espíritu...

Juanita:—Ahora es agricultor...

Elvira:—¿No es una prueba? Papá lo echó cuando supo que me cortejaba, porque es hijo de un carpintero. Estaba por recibirse. Me dijo que se alejaría de Buenos Aires para siempre, para olvidarme, y ahi lo ves, en el Neuquén cultivando la tierra... ¿No se necesita un carácter heróico? (*Elvira dice el trozo con voz lenta y emocionada y al concluir, comienza á llorar silenciosamente*).

ESCENA VI

ELVIRA, JUANITA, ISMAEL Y RICARDO

Ricardo:—Pues á mí no me entretiene el billar. No estoy en vena.

Ismael:—¿Qué es eso? ¿Llorando Elvira?

Juanita:—(*A Ricardo*). Su primo Luis es un idiota...

Elvira:—(*Enderezándose*). ¡Juanita!

Ismael:—(*Acariciando con la mano la barbilla de Elvira*). ¡Vamos, una riña de novios!...

Ricardo:—¡También ocurrírsele á Luis ir á negociar un terreno!

Juanita:—No es eso.

Elvira:—No es nada; cosas mías, Ismael...

Ricardo:—¿Qué es, en tal caso?

Juanita:—Se aburre y nada más...

Ismael:—Miren, yo no sé lo que pasa, pero lo adivino. Elvira no se resigna con vuestra clase de vida. Se aburre, es un espíritu exaltado y aspira á lo grande, á lo extraordinario, mientras que Luis, no vá más allá del método, de lo regular. ¿No es eso?

Juanita:—Exactamente.

Ismael:—¿Quieres un consejo? Aqui estamos en fa-

milia? Te ahogas en nuestro medio de pequeños burgueses. Pero, en todas partes ocurre otro tanto. En todas partes se hastían temperamentos como el tuyo, puesto que la vida es igualmente dulce y triste bajo cada techo y el secreto está en saber vivir, sufrir, regocijarse con los días que pasan. ¿Crees tú, Elvirita? — pero no llores así, querida, — no llores... *(Le enjuga las lágrimas con el pañuelo en tanto la crisis de llanto aumenta y Elvira suspira entrecortadamente).* Crees que esa misma monotonía está desprovista de encantos? ¿Crees que en la vida suceden cosas extraordinarias? Esto solo se vé en los dramas y en las comedias. Los autores eligen episodios emocionantes para conmover á su público...

Elvira:—*(Con voz incierta).* Pero en la vida se vive...

Juanita:—No como en las novelas.

Ricardo:—*(A Juanita).* Eso creo yo.

Ismael:—Se vive, pero si alguien llevara á la escena lo que acontece normalmente, es decir la realidad, nuestra historia por ejemplo, su obra carecería de interés — porque aquí nada ocurre, excepto tu historia, Elvira, pues te quieres salir de esta historia para volverte trágica y teatral — y eso es un momento, como todo drama y toda comedia. En fin, basta de filosofía y vayámonos á tomar té...

Ricardo:—A tomar té, que es lo más filosófico.

Juanita:—Vamos, Elvira...

(Ricardo é Ismael reaniman á Elvira, á quien Juanita ayuda á levantarse).

Ricardo:—¿Cómo es tu estribillo, Ismael? La vida de los puequeños burgueses tiene su poesía...

Elvira:— *(se levanta pausadamente, va á dar un paso y cae en brazos de Juanita sollozando ruidosamente).*

Juanita:—¡Vamos, qué es eso Elvira *(Ismael se acerca y acaricia suavemente la cabeza de Elvira que sigue sollozando. Ricardo se apoya en el piano y contempla en silencio la escena).* Elvira, no seas así! Mujer, pareces una criatura!

Ricardo:—*(Acercándose á Elvira).* Repongase! Usted se está mortificando.... Vamos ¿qué es eso? ¿qué tiene? *(Juanita seca el llanto de la hermana que se contiene un poco y mira al rededor).* ¿Qué es eso? Usted tan razonable.

Elvira:—¿Qué es eso? Nada... una comedia de pequeños burgueses....

TELON RAPIDO

(Continuará)

CUANDO VELA PIERROT

I—Serenata

Esa luna tan grande,
tan redonda y tan blanca,
parece una moneda
de plata;
esa moneda enorme
que dices te hace falta
para comprar un pote
de grana,
un corset de seis ligas,
unas medias caladas
y un *crayon bleu*, que mienta
que son negras tus rubias pestañas.

CORO:

Oh! quien fuera tan rico
que poseyera tanta
cuanta brilla en la luna
platita blanca!

II—Nocturno

Si fuéramos ricos
¡hoy! — un día basta —
si viniera el oro
por la senda mansa
de nuestra pereza, —
nuestra aristocracia
de carne hecha al goce
y al asco del goce, si el goce se cansa; —
Tú, que estás dormida
tranquila y sin ansias

y, rítmicamente
vestidas de plata,
agita tu aliento
como dos naranjas
bañadas de luna,
en huerto cerrado, que Término guarda;
Tú mi musa pobre,
mi perra espantada
de hogar, de familia,
de altar y de patria;
maja eternamente
desnuda, por plástica,
por arte, por vicio,
por sobra de fuego, por falta de saya;
Tú, mi musa pobre,
mi perra y mi maja;
si hoy fuéramos ricos, —
¡hoy! un día basta; —
por esa riqueza
hoy me traicionaras!
La traición acecha,
la hartura y el lujo y el oro la llaman!

III—Berceuse

Duerme tranquilamente,
no me interrumpas;
voy, subrepticiamente,
mientras tú estás dormida tranquilamente,
á ahuyentarla á escobazos, maldita luna!

Desde hace una semana
ronda importuna
sobre nuestra ventana;
no he dormido dos noches en la semana
porque esa perra blanca debe ser bruja.

Ladra luz y ambiciones,
ladra fortuna:
plata fluida que enciende las tentaciones,
y que lame su seno con ambiciones
cuando mi maja duerme, siempre desnuda.

Ya destino á tu cola —
por perra y bruja, —
mi vieja cacerola,

y he de atar al estrépito, junto á tu cola
y al temor y á la rabia, junto á tu fuga.

Perra al fin, sólo al pobre
ladras con furia:
riqueza que le sobre
tendrá el día en que amante mi musa pobre
cantando estas endechas, mezca una cuna.

Despiertas azorada,
¿qué me preguntas?...
—No, no he dormido nada;
me ha entretenido un perro, que á la azorada
luna redonda y blanca ladraba injurias.

PABLO DELLA COSTA (HIJO).

MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA (*)

Ad vigilias albas ut tam cari capitis

¡Oh belleza que tú seas bendita,
Ya que eres absolutamente pura,
Ya que eres inviolada,
Limpia, firme, sana é impoluta,
Fuente de la divina complacencia,
Oasis infinito,
Que sugieres los éxtasis beatos,
Y las románticas contemplaciones.

María E. Vaz Ferreira.

Preso de esas tristes vagorosidades de la adolescencia Marcos buscaba la soledad propicia. Anheloso también de aligerar su mente de toda preocupación de enojo, se retiró á uno de los bosques más umbrosos de la campiña toscana. Allí adujaría esa energía espiritual y esa gentílica sensibilidad que un propincuo atisbo de natura había siempre aquistado para su ánimo.

En un ardimiento casi místico emprendió la excursión. Dejando tras sí la animación jocunda de la villa, subió las colinas extasiadas en las caricias de los cipreses y olivos.

(*) Alberto Nin Frías, autor de las presentes páginas, que forman el capítulo XI de su novela inédita, *Marcos, el amador de la belleza,* hace más de diez años que es conocido en estos países del Plata. Su espíritu inquieto, abriéndose paso por sendas casi inexploradas por los escritores americanos, conquistó desde los primeros momentos la simpatía de la crítica y de los hombres de letras argentinos y uruguayos, que pública ó privadamente fueron generosos con él de merecidos elogios. A los *Ensayos de crítica é historia* á los que Miguel de Unamuno dedicó un caluroso aplauso, siguieron luego los *Nuevos ensayos, Los estudios religiosos* y *El árbol,* libros todos que difundieron ampliamente su nombre por España y América. Su personalidad es en verdad digna de atención: Nin Frías, como lo observó Unamuno, es en las letras americanas "un caso casi único, por su sentido religioso y cierta orientación que aquí falta de ordinario". Nada más grato para nosotros, por consiguiente, que someter al juicio de nuestros lectores el presente capítulo, peregrino por el fondo y por la forma, que Nin Frías ha tenido á bien mandarnos. — N. DE LA D.

Como esas mansas y templadas villas griegas que perecían después de haber sido hospedadas por un Dios, flotaba temblante por cima la arboleda, la añosa arquitectura de las famosisímas mansiones florentinas.

¡Cómo se prefería al columbrar la euritmia del paisaje y sentir la ufaneza matinal, la amistad de los árboles á la de los hombres! Eran refinamientos que una vez disfrutados, hacían aborrecible la astucia y la maldad.

Incipit vita nova

Apartándose de las vías concurridas escalaron un florido atajo tendido amorosamente sobre la colina boscosa. El paisaje se ahondaba cada vez más sobre el fondo azuleño de los alcores.

Era la calma de la hora óptima, del momento exquisito, una verdadera voluptuosidad. La fascinación misteriosa de los sentidos se exaltaba hasta la más sañuda enervación en aquel aire leve.

Sobre las pendientes más próximas los cipreses encendidos por la lumbrada auroral parecían gigantescos candelabros del altar de lo infinito.

Súbitamente de la umbría una mancha surgía grisácea, la techumbre de alguna habitación.

Trozos de huertas que desde aquí se oteaban como inmensas paletas, holgaban la vista.

Este concierto exultante de colorido se unimismaba por momentos á la invasora actividad del hombre y del animal.

¿Soñaba natura de sí misma?

¡Oh belleza que tú seas bendita,
Más que la sabia legión de tus apóstoles,
La entraña que te crea,
El sol que te ilumina,
El prisma que te agranda,
La plancha que te copia,
El aureo pedestal que te enaltece,
Y el soberano lis que te corona! (1)

En un rosícler del boscaje se apostaron para almorzar. «¿Puede idearse algo más alto como columen de la vida que pesquisar la íntima armonía y la libertad personalísima?», soliloquiaba Marcos.

(1) Canto á la belleza, por M. E. Vaz Ferreira.

Al traves de los pequeños senderos donde el follaje abundoso todavía del rocío iridiscente, chicoteaba el rostro, avistaron un cantilencioso arroyuelo.

A lo lejos tintineaban las campanas de los rebaños que se dirigían al valle.

Como constelación de orfebrería bordaban florecillas las laderas. La lisa superficie reproducía temblorosas las siluetas garbosas de los sauces y álamos que allí efervecían libremente.

Oíase proveniente de lo que aparecía una remota orilla del venero, un quejido, muy luego extinto.

Los viandantes se apearon y en direcciones distintas, fueron á la búsqueda del aye lastimero.

El pajecillo no tardó en apercibir tendido y mudo, un mocetón ensoñador.

Blonda guedeja caíale por los hombros en artístico desorden y dejaba trasparente la frente, sin la menor aspereza de ceño alguno. Dábale á su caballeresco aspecto el apasionamiento estético de los jóvenes de Giorgione y el Sodoma. Letal livor paseaba ya por toda su ebúrnea piel, donde urgía poco ha, sangre deleitosa. Con su ardiente caez había sonrosado esta nubil belleza.

Abiertos los glaucos ojos, las ojeras violentamente ahondadas, delataban la punzante tristeza de un prematuro despedir con la vida, cuando ella más pregonaba el entrañable amor de sí misma.

Asu lado yacía enlodado un fino puñal toledano, el arma con que había sido perpetrado el crímen. Marcos para quien la amistad y la forma plástica de los seres eran los dones más aceptables del vivir, al ver este espectáculo se apenó sobremanera.

El mancebo muerto presumía en toda su persona, la donosura de un gentilhombre y esa virilidad seductiva que es la luz del mundo: — *Flammantia moenia mundi.*

¿A qué nuevos destinos pudiese haber avanzado la vida si hubiese ejercitado esa voluntad, en el culto avizor del progreso?

Oprimióse el cor de los tres. Sin ser superticiosos, un lóbrego presentimiento silenció el poder de la mente.

¿Una inteligencia justa podía en verdad imperar tras el vaivén de los cambios incesantes?

Tapando con su gualdo manto el cuerpo mozo, Marcos lo puso sobre su corcel que piafaba extrañamente,

como tocado él también, por el misterio del cual todos estaban suspensos.

Silentes marcharon hacia el pabellón de caza, donde huía el poderoso de cuanto no fuese el desdoblamiento de su propio ser.

Largo é insólito el hodo, ahora que la impasible formaba parte de la compañía.

Las libélulas ébrias de luz; las sedeñas mariposas y otros zumbones insectos canturreaban su estridente jactancia al aire blando y tibio, mientras la lucerna del espíritu semejaba irse apagando poco á poco.

La congoja del príncipe se plasmó en el recuerdo soberano de unos versos sobre el morir de un real amigo:

«Y tú, mi amigo, cuyo tierno amor,
Aún vibra en las cuerdas de mi pecho,
Cuán por encima de toda verba,
Estaba nuestra amistad;
Aún cerca del corazón tu presente uso,
Aquél que fulguró una vez con la lágrima del sentir,
De amor, pura, sagrada gema;
Nuestras almas eran iguales, y nuestro destino,
En aquel momento olvidado por completo;
Deja que la soberbia sola nos condene». (1)

Después holgóse en el aureo silencio de una profunda emoción.

Al atardecer llegaron á la casa, construída sobre un declive con despejada vista hacia un extenso lago.

Por detrás y por delante, la espesa arboleda prestaba al sitio un contorno salvaje.

Confortable y artísticamente hecho el pabellón formaba el oasis del desierto arbóreo.

La excesiva humedad del lugar había patinado los materiales de construcción, orlándolos del oro del roble y el argento del tierno pino.

A este remanso donde un arte detallista había escondido todo arte, traían al que ya no era más.

Marcos había saboreado de antemano el silencio amante de una noche, la mística sensualidad que se experimenta cabe la selvática natura. En vez, un sino percuciente desbarataba uno á uno, sus ingenuos delectos.

¿Había nacido por ominosa constelación?

En el terrado depositaron el cadáver.

---

(1) Versos de Byron, de su poema «El Adiós», en el que celebra á su amigo Eddelston.

Después de lavarlo, amortajáronle en un brocato exhuberante y precioso de dibujo como suponían había sido su gaya mocedad.

Marcos cogió la broncínea corona, de una victoria, — que perennizaba la lumbre en el atrio, cuando el sol ya ocultaba sus perfiles, — y la ajustó con señoril mohín, al aladar.

Dos vasijas etruscas escanciaban el homenaje del perfume. Cuatro gruesos cirios armonizaban la tétrica imagen. ¿Quién había sido esta clara y suave forma? ¿Cuál su último éxtasis? ¿Cuál su postrer ensueño?

El desconocido estaba hermoso y augusto como aquel esclavo de Sócrates, Phaedo, cuya luenga cabellera acariciaba el maestro, la víspera de su muerte.

Era una visión de efebo victorioso, dormitando después del triunfo.

Para los electos del culto de lo plástico, un dios adolescente estaba inmóvil en su lecho de marfil.

La muerte perdía toda su fealdad y acritud.

Era la personificación de la divina serenidad.

Laudate pueri mortem.

Salve Juventia. Dii te servent.

Vale anima infelicissima et pulchra, pudiesen haber entonado los sixtinos cantores con sus notas más emocionantes. Añoraba el arcáico epitafio, tan usado en la infancia del mundo; era el postrero de su raza.

¿Debía de odiarse ó querer en sus á veces tan cruentos decretos, el *Deus absconditus*? Consternado se hacía la duda en la mente.

¡Qué trágica noche pasaron los tres en el regazo del misterio!

Las distancias que siempre habían guardado no pudieron mantenerse.

Ante el hecho consumado sólo una estrecha fraternización podía borrar la angustia.

Al amanecer condujeron al extinto al borde del lago.

Midieron la tranquila onda hasta una ensenada donde la masa arbórea se detenía en un claro espacioso. Allí se levantó una pira, cargada de virutas balsámicas.

Entonces se libró á las llamas al joven del tranquilo y claro visaje.

Lamido sin tardanza por la vóragine ignea, perdióse para siempre la serena forma entre el vaho abigarrado.

Atentos desde la barca, á esta desvastación, vivieron los testigos, un instante pagano.

¡Oh, cuán divino después de todo el vivir, cuando éste se desenvuelve como un cantar gradual hasta la fruición de la experiencia soberana y luego el silencio eternal!

¿Subsiste la impoluta calma del ánimo después de conocer la humana maldad? ¿No vale dar lo más por lo mejor?

Ite juventia est, podía salmodiar con unción el diácono á los radiosos donceles que en un transporte de plenaria vida, hubiesen exprimido uno á uno, los deleites refinados de la sensibilidad.

Fué en esta imagen de perdida juventud para el mundo sensible, en el exaltado culto de su abstracta casi sacra beldad, que Marcos requiso espontáneamente su hado.

Ite juventia est. Post illam nescio.

Acércate á la fruición aquí y ahora. Esa actividad es el más delectable escorzo de todo pensar. ¿Hay un más allá para el ensueño que no cuaje adieso?

Abroquela aureamente la sed de física perfección contra las adversidades del destino.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Montevideo.

LA SIESTA

Todo en torno estaba como dormido en aquel medio día esplendoroso. Un sol inquisidor caía de plano y resquebrajaba los troncos sequizos y agrietaba la tierra reseca. Había un hartazgo de luz: el cielo parecía como enharinado. Por occidente, algunas nubes esponjosas ahora tomaban contornos de colinas y en seguida formas de estalactitas ó de husos envueltos en algodón.

Todo estaba como agobiado debajo de la tenaz mirada de aquel sol inclemente. El agua quieta y el viento. A la distancia el Paraná, sin una arruga, rebrillaba al sol como una inmensa lámina de mica. Los pájaros habían suspendido sus cavatinas. Y no aventuraban los árboles una sola cabezada. Los sauces llorones que de lejos semejaban cascadas de aguas verdes, se alargaban como sedientos hasta la superficie soñolienta de los riachos. Debajo de aquellos sauces, se adivinaba una deleitosa frescura de catedral penumbrosa. Arriba de la barranca, una casita suiza y un rebaño de ovejas contemplaban aquel manso panorama de acuarela.

Ni un solo ruido rompía tan venturoso sosiego bíblico, á no ser, en la pieza, el zumbido nasal de algún moscón que rozaba las alas en los vidrios de la ventana. Un perrazo negro, tumbado debajo de un horno viejo, dormitaba con las fauces jadeantes.

Todo estaba como dormido en aquel mediodía esplendoroso. Los sentidos se adormecían y los ojos se entrecerraban en una dejación de mujer rendida. Poco á poco, todo se fué sumiendo en el perezoso sueño de la siesta.....

.....

Luego, de pronto, parado sobre el ribazo de la alberca de aguas verdes y cristalinas, un hornero, sonoroso

y autoritario, despertó aquel mundo dormido con sus pitadas, agudas y penetrantes como un toque de clarín.

El sol, declinante, había atemperado su rabiosa fiereza. Un viento ligero, suavemente, con sedante blandura de vuelo de golondrina, resbalaba por encima del Paraná. El contacto producía un cosquilleo menudo y numeroso. Las aguas tecleaban, en un principio, sin apuro. Mas luego, cuando el viento se hizo más resuelto en su roce, aquella infinita sábana vibrátil, temblaba como carnes afiebradas de lujuria.

También los árboles se desperezaban, al principio, sin premura, pero después, acosados por la creciente brisa del río, se arrebujaban fastidiados, con ese fastidio de las muchachas á quienes el viento, apretando las faldas, les escultura las formas.

El perrazo que dormía, ahora estiraba dejadamente las patas y amanecían sus pupilas en medio del bardal legañoso de las pestañas.

Del vientre de la maraña, se levantaba un rumor indefinible, sordo y trenzado. Era un rumor de vida que recomienza: La siesta había terminado.

CARMELO N. BONNET.

EL MANIFIESTO PRESIDENCIAL

Los espíritus candorosos y honestos están siempre dispuestos á creer en la buena fé de los gobernantes, y á este respecto es candorosa y honesta la gran mayoría de los hombres. Debe ser así, por otra parte. Cuando un ciudadano, exaltado á la más alta magistratura de un país, promete á su pueblo no proponerse anhelo superior al de cuidar los intereses del estado, y de procurar la realización del mayor bienestar colectivo posible, y lo jura sobre la constitución, y lo repite de continuo en mensajes y decretos, repugna á la conciencia admitir que todo eso que sus labios dicen y su pluma escribe es falso, que su propósito no es otro que el de enriquecerse, que el sudor y el dolor de sus compatriotas, á cuya felicidad él podría propender si quisiera, no le interesan, que no cree ni en la verdad, ni en la pureza de las instituciones y de los hombres, que no le preocupa siquiera legar su nombre á la posteridad, limpio de reproche ó de infamia. Y esto es sin embargo, lo corriente, sobre todo en estos pobres países de América, víctimas seculares del caudillismo ávido y despótico.

El doctor Roque Sáenz Peña, primero en su programa de candidato á la presidencia, luego en sus documentos públicos de primer magistrado, viene haciendo desde hace algunos años á su pueblo las mismas promesas. Los espíritus desconfiados ó decepcionados han podido legítimamente dudar de la sinceridad de tales promesas. Les daban derecho á ello, las desilusiones, los engaños sufridos anteriormente. Pero la hora de la incredulidad ya ha pasado. La presidencia Sáenz Peña podrá haber dado muestras repetidas de debilidad y de vacilación; podrá haberse equivocado más de una vez; pero es evidentemente una presidencia honesta y sincera. Se ha propuesto como progra-

ma fundamental la reforma de nuestras costumbres electorales, la purificación del sufragio, la devolución al pueblo de la soberanía que le corresponde de derecho y que de hecho nunca poseyó durante nuestra vida independiente, y contra viento y marea lo está cumpliendo con una constancia y una tenacidad que verdaderamente admiran.

En el reciente manifiesto el Presidente ha expresado al pueblo sus temores, sus anhelos y sus esperanzas acerca de la elevada acción política que ha resuelto firmemente desarrollar: su palabra ha sonado con acentos de sencilla franqueza, raras veces oídos aquí. Se diría que ese manifiesto, antes que una voz de estímulo para la lucha, es el testamento político de uno que abandona la batalla, diciendo con el supremo desinterés de los que abdican espontáneamente: «ahí queda eso; es mi obra; proseguidla».

La acción de arriba ha surtido su efecto. Mucho habrá que hacer todavía en las provincias, para desmontar la «máquina» que desde tantos decenios funciona; algo ya se ha conseguido en algunas; lo demás lo harán el tiempo y la firme constancia del Ejecutivo; pero en la capital la «máquina» ya ha sido desmontada. Las próximas elecciones serán libres, absolutamente libres, y limpias ó casi — porque el delito es eterno como el mundo — de todo fraude. Los traficantes de libretas, que en otras épocas, y no lejanas, dispusieron á mansalva de todos los empleos públicos, aflojaron todos los resortes de la administración nacional, corrompieron todas las instituciones, y palmearon á los presidentes y ministros á quienes servían, con la misma familiaridad que á los rufianes y ladrones de quienes se servían, van á ser muy pronto una vergüenza del pasado. El mismo voto venal ha sido certeramente herido, aunque — ¡ay! — no de muerte. Los partidos que el 7 de Abril se presenten á la lucha, podrán tener la seguridad del triunfo, sean cualesquiera que sean, con tal que la tengan en sus fuerzas propias. Ya no cabe duda en que se está produciendo un resurgimiento cívico. Los radicales han salido por fin de su antigua y hosca abstención, para jugarse en los próximos comicios; los socialistas abrigan fundadas esperanzas de éxito; las candidaturas independientes de todo partido se multiplican sobre la base de la imparcialidad de las urnas y de la popularidad mayor ó menor de los candidatos; los partidos mayores, la Unión Nacional y la Unión Cívica, se aprestan á reñirse las diputaciones vacantes con armas leales y con igual confianza: todo ese fermentar de aspiraciones y de entusiasmos, propio

de la verdadera vida republicana, no tiene otro origen que la palabra empeñada por el presidente, y corroborada por sus actos, de que los comicios próximos y todos los comicios argentinos, serán escenarios de luchas francas y libres, de ideales y de partidos.

Aun no existen, sin embargo, los grandes partidos, que sean algo más, como dice el mismo manifiesto, que «agrupaciones eventuales, vinculadas por pactos transitorios». Por ahora no hay más que dos partidos de ideas, y no son los mayores: el socialista y el radical, y acaso lo es sólo el primero, pues el Presidente ha venido á sustituir al Radical en la persecución de sus fines. Probablemente, después de este primer ensayo de libre vida electoral, se inicie la concentración de las fuerzas todavía dispersas en grandes ejércitos, para librar las grandes batallas republicanas del futuro. Esperémoslo.

Por todo ello, por lo que presencia en la hora actual, y por lo que espera de los años venideros, NOSOTROS, absolutamente insospechable de partidismo político, aplaude al Presidente de la República, único padre de esta consoladora regeneración cívica de nuestro país.

LA DIRECCION.

TEATRO NACIONAL

Apolo: *«La Cruz», pieza de D. Alberto Ghiraldo escrita á base de una obra anterior de don Florencio Fernández Gómez. «El festín de los lobos», pieza en tres actos de D. Roberto Cayol.*
Nuevo: *«El malón blanco», pieza en tres actos del Dr. Vicente Martínez Cuitiño.*

¿Qué se proponían Alberto Ghiraldo y Florencio Fernández Gómez, cuando escribieron «La Cruz»?

¿Hacer una crítica social?

¿Combatir los prejuicios de veinte siglos de cristianismo?

¿Llevar á la escena una faz amarga de la vida, para hacerla sentir en toda la intensidad de su sabor y en todo el desamparo de su condición irremediable?

Todas estas preguntas han de hacerse en conciencia ante la nueva obra con que se nos ha presentado Battaglia en el Apolo. Preguntas naturales, sencillas, pero de díficil solución.

A primera vista todo parece inclinarse á hacernos comulgar afirmativamente con la última. «La Cruz» no sería así, más que una nueva crónica escénica, sin otro caudal artístico que el que sus autores lo hubieran comunicado en las decoraciones técnicas. Pero se nos ponen por delante los antecedentes de Ghiraldo, autor de «Alma Gaucha», de Ghiraldo pensador, y tal propósito supuesto se desvanece. Ghiraldo ni Fernández Gómez no han podido empeñarse en una obra hueca, sin más aspiración que el éxito superficial y pasajero de una «première», trabajada al calor de prestigios muy brillantes y bien fundados. Entonces, el fracaso de los autores aparece evidente: han querido, y no han podido llegar á la nota independiente, personal, prefiriendo en cambio, á mitad del camino abandonar el azar de un posible atrevimiento, para transigir con la solución burguesa de atribuirlo todo á la fatalidad,

contra la cual las fuerzas humanas todavía, — pese á nuestros alardes deterministas — no se atreven á luchar.

Queremos pensar en esta cobardía de los autores — la llamamos cobardía, y al término opuesto le llamaríamos temeridad — para fundar en block y no en detalle, nuestra disidencia con la tendencia, y aún con la factura del nuevo drama.

No vale la pena llevar al teatro una emoción, cuando no tenga por objeto educar una fibra noble de nuestro espíritu. Es inútil llevar á escena un cuadro de amargura cuando el espectador no ha de hallar en la obra ó en su propia conciencia el paliativo que la simpatía humana reclama para el que sufre.

Y entiéndase bien que no estamos arguyendo en favor del teatro de ideas. Nos es indiferente el pensamiento, expresado en ideas, ó las pasiones expresadas en hechos lógicos; estamos arguyendo en favor de una docencia de las obras teatrales, que los autores inteligentes han seguido inconscientemente, y que los melodramaturgos han olvidado á menudo en sus empeños efectistas. Estamos reclamando para la obra teatral, en suma, el espíritu de arte y de humanidad que ha de darle aliento.

Con estas ideas es imposible transigir con «La Cruz».

¿Qué hay en ella que no sea una amargura estéril, la fatalidad irremediable de un caso aislado en que influye más directamente la casualidad que la voluntad? ¿Qué filosofía concreta deja en el espectador esta obra amarga, en que los autores nos presentan el «caso» á flor de piel, y no se atreven á exhibir ante nuestros ojos el verdadero proceso interior de los protagonistas?

El primer acto de «La Cruz» promete débilmente un desarrollo interesante: el segundo hace desconfiar de las fuerzas de los autores; el tercero defrauda. Ghiraldo y Fernández Gómez, no se han cuidado sin embargo, de apartarse, dentro de su realismo casi rudo y primitivo, de esos momentos nauseabundos con que se está elaborando de una manera alarmante el teatro moderno. Las escenas crudas, se suceden abundantemente en los dos primeros actos, pero en el tercero, al fín, para compensación aparece Ghiraldo — poeta y descendiendo á la trivialidad de un trámite policial, se reserva, sin embargo, un momento para comentar la amargura de aquellos dos seres que sin poder luchar con el abismo, se hunden en él presas quien sabe de que remolino misterioso é incontrastable.

Si el Ghiraldo valiente, temerario á veces no estaba

en la obra, nos habría agradado ver al menos en ella al Ghiraldo poeta, tan valeroso como aquél y tan expresivo. Pero ha preferido ocultársenos en todos sus aspectos personales; seducido por la teatralidad de un argumento, se ha limitado á asomar, en la brevedad del incidente, estando ausente en la gran totalidad de la obra. Ha huído de Esquilo, ha huído de Eca de Queiróz, para refugiarse humildemente en Pierre Decourcelle.

Debe decirse, sin embargo, que Ghiraldo y Fernández Gómez, han reiterado al público en esta oportunidad la seguridad de su buen gusto literario, escribiendo la pieza con brillo y expresión excepcionales, dentro de nuestro ambiente teatral.

Los actos son sobrios, las escenas escuetas, evidentes, llegando algunas, como la de las damas de caridad del primer acto, á pecar de ese mismo empeño sintético.

Han demostrado además los autores, cualidades de observación muy apreciables, y sobre todo un profundo respeto por la cultura en sus medios de realización escénica.

Es lamentable, sin embargo, que no haya llegado esta vez la obra que de tan significativos escritores tienen derecho á esperar el público y la crítica.

* * *

Decididamente Roberto Cayol se ha propuesto introducir moldes nuevos en la técnica repetida é ingénua de nuestras comedias nacionales.

Poco celoso de una personalidad trazada con líneas propias, prefiere entregarse á la imitación de formas conocidas, adaptables á nuestro medio y á nuestros problemas. Sus obras se caracterizan cada una por una tendencia distinta, como si Cayol no se decidiera todavía por un camino definitivo, para aplicar á él el talento y la iniciativa que le sobran.

La comedia ligera de los hermanos Quintero parecía haber marcado una huella evidente en las obras anteriores de este autor; en la estrenada anoche otra influencia está bien visible, la de Benavente.

Esto vale decir que Cayol progresa en sus gustos y en sus intenciones.

Dentro de un argumento bien localizado para las exigencias de nuestro ambiente, Cayol ha ensayado una brillante manera literaria, pero sometiéndose acaso con al-

gún exceso de fidelidad en la forma de construcción del diálogo, á su nuevo modelo.

Esto vale decir que Cayol ha dialogado hermosamente, eludiendo las vulgaridades de la conversamción «verdadera» para transformar á cada personaje en un intérprete de sus propias situaciones de ánimo.

El argumento de «El festín de los lobos», sin aportar una novedad á nuestros temas teatrales, está desenvuelto con habilidad, rehuyendo las vulgaridades á que las situaciones invitan frecuentemente. La comedia se desenvuelve de modo natural, apacible,y dentro del armazón artificial de ella, una rigurosa lógica de situaciones se hace visible.

Los tipos son generalmente fieles á si mismos — caso raro en nuestras comedias — á excepción del de protagonista, desempeñado por Battaglia, cuya actitud del último acto no resulta suficientemente preparada en los primeros, dando al público la impresión de una franca contradicción de carácter en el mismo tipo.

Los tres actos de esta sugestiva comedia serían perfectos, si el primero no estuviera recargado de ciertas crudezas inútiles, y si el tercero no padeciera la languidez de todos los actos de solución más ó menos prevista é inevitable.

Cuentan todos, sin embargo, con gran fidelidad de ambiente y una dósis bien medida de interés escénico.

Cayol ha sentido — pese á todos sus empeños de imitación exterior — la amarga novela que describe, la novela de todos los días que pasa indiferente ante los ojos de la mayoría, la novela amarga de la muchacha pobre, que es mucho para amante y poco para esposa.

Es lástima que en esta obra de un escritor joven, ni un momento de optimismo asome en la amargura del cuadro.

Es un prematuro empeño de oscurecer las tintas, de ensombrecer las situaciones, que no asonsejamos, ciertamente, á este autor que dentro de nuestro ambiente precario ha sabido conciliar los éxitos materiales del teatro con un buen gusto artístico reiteradamente comprobado.

«El festín de los lobos» es obra que honra á un autor joven y dignifica un ambiente teatral, si este — como el nuestro — se caracteriza por el poco acierto frecuente de sus ensayos.

* * *

Otra nota interesante — acáso la más sonada del mes teatral — ha sido el estreno de «El malón blanco», la nue-

va obra con que Vicente Martínez Cuitiño entiende afirmar la orientación de teatro realista que marcó con tan enérgicos rasgos en su pieza anterior «Mate dulce».

Empeñado en un afán muy loable de crítica social, Martínez Cuitiño está á punto de sacrificar el sentido artístico del teatro á las exigencias del efecto y del contraste; así nos presenta en «Malón blanco» un esquema de comedia, hecho á base de situaciones, y cuyos personajes, por decir demasiado, en la simplicidad de su lenguaje, dicen menos de lo que debieran decir.

El incidente mismo de la comedia tiene complacencias excesivas y visibles con las exigencias de la teatralidad pura, tales como la forma de encuentro de la hija del tabernero y el Cuervo — un vil comerciante en carne humana —, la forma de tratamiento que él mismo dá á su presa en el segundo acto, y la decisión final de la protagonista ante el conflicto sentimental que se le presenta.

Este último efecto, acaso sea el error más sensible de la obra. En efecto, Regina, la protagonista, al preferir en la situación final el lujo canallesco del Cuervo, á la unión de amor que le ofrece Chiquín, comete una contradicción de su propia psicología que el autor no ha explicado suficientemente. La muchacha ingénua y sacrificada por la ignorancia de su padre, el tabernero, á las garras del Cuervo en el primer acto; la misma que en el segundo, ahogada por el lujo vergonzoso é impulsada por el amor de Chiquin arroja las alhajas que la aprisionan, y al arrojarlas respira un aire confortable de honradez y de satisfacción íntima; la misma muchacha sencilla de los dos primeros actos que no ha demostrado en ninguno de ellos la más miníma falla moral que la impulse á la corrupción, no puede de pronto, porque sí, preferir en la situación final del acto tercero los diamantes del Cuervo al amor fiero y doloroso de Chiquin.

Acaso la situación final fuera lógica teniendo por protagonista otra heroina menos sencilla que Regina. Debió pintarnos Martínez en los dos primeros actos, una de esas *midinettes* que viven en plena ciudad, con el pobre hogar paternal en el bajo fondo y con la imaginación entregada á quien sabe que oscuros proyectos de lujo y bienestar. Una de esas pequeñas heroínas, que son la víctima más propicia de los cuervos rubios, no arroja alhajas cuando las consigue á cualquier precio y la piedad por el novio pobre no llega nunca al sacrificio de las propias joyas — como ocurre con Regina. Si Regina hablara más — sin

embargo — acaso habría atenuado el contraste de su actitud final con la de los actos primeros, y es tal vez en esta figura donde la literatofobia del autor, en el empeño de agregar espontaneidad y rudeza á sus personajes haciéndoles decir sólo las palabras indispensables, ha perjudicado en mayor medida la lógica y la verdad de la obra.

Algo hay de esencialmente meritorio en las obras que gustan al público, algo que no se consigue sólo á base de vulgaridad. Martínez Cuitiño ha conseguido por ejemplo, imponer su «Malón blanco», sin apelar á ella. Mucha rudeza y mucho sentimiento descarnado hay en la obra, mucha amargura disuelta en cada escena, en cada situación pero en toda ella hay lo que desgraciadamente falta en una abrumadora mayoría de las piezas nacionales: talento.

Hace tiempo que espío la ocasión de publicar un aplauso franco y sin reservas á este escritor joven que tanto ha dado ya de sí y que tanto promete para un futuro felizmente cercano. «El malón blanco» no me brinda, sin embargo, la oportunidad propicia; en tanto, cuando en la crónica diaria haya de referirme á Martínez Cuitiño — y habré de hacerlo frecuentemente cuando hable de éxitos ruidosos — diré todavía «el fuerte y talentoso autor de *Mate dulce*».

NICOLÁS BARROS.

BIBLIOGRAFIA

«La primer etapa», por Enrique de Mouliá.

Es el primer libro, honesto y humilde, de uno que se inicia. Enrique de Mouliá, joven periodista provinciano, que ya ha hecho honrosamente sus armas en Buenos Aires, ha sentido la necesidad de reunir en un volumen sus cuentos y artículos más amados. La modestia de su propósito y la timidez de su ensayo le hacen simpático. No son gran cosa sus cuentos y sus críticas, pero están escritos con intención de arte y noble emoción, y eso basta para la obra de un principiante. Se trata del fruto aun verde caido de un joven arbusto, rico de savia, que asciende rectamente hacia arriba: ya vendrán luego los frutos maduros y entonces nos aseguraremos de su sabor.

El doctor José López Piñón prologa el libro cariñosamente, porque cree en Mouliá. Nosotros participamos sinceramente de su confianza.

«El poema interior», por Camilo de Cousandier.

El poeta le dice al mundo:

Mi corazón desnudo
con divino impudor
entrego á tu merced, sin más escudo
que tu propio rubor.

En efecto ha escrito su *Poema interior*, de amor, de melancolía, de ensueño, con franqueza tan sentida que gana el corazón del lector.

Hay en Cousandier un noble y sencillo poeta, amigo de las pocas y buenas palabras, de los trazos rápidos y seguros: falta en él todavía el versificador. Lucha contra el metro y resulta vencido, eso sí, honrosamente, porque antes que plegarse á la palabrería ripiosa opta por permanecer firme en su intento de expresar sobriamente su pensamiento, y lo consigue, pero con perjuicio de la claridad. A tal punto, dominado por el verso, da en suprimir los artículos, que acaba por caer llanamente en el estilo telegráfico. Sin embargo, si el versificador llega algún día á educarse, tendremos en él sin duda ninguna á un poeta excelente.

«Teatro», por Víctor Perez Petit.

Víctor Pérez Petit ha editado elegantemente en dos tomos sus seis obras teatrales representadas. Pérez Petit no es un extraño para nadie que en estos países del Plata se interese por las letras. Era ya conocido por sus cuentos y sus estudios críticos, cuando estrenó en Montevideo, en 1894, su drama criollo *Cobarde!*, nacido de una apuesta en que el culto literato se atrevía á batir á los perjeñadores de dramones con sus propias armas terribles, aunque manejadas con mejor gusto y mayor agilidad. Luego, pasados algunos años vinieron las obras restantes, de más fino carácter, sin que *Cobarde!*, que logró desde el primer instante un éxito estupendo, desapareciera ya del cartel de nuestros teatros nacionales, al cual suele volver todavía de tarde en tarde. Fueron la comedia *Claro de Luna*, estrenada en Buenos Aires en 1906, la tragedia *Yorick*, también estrenada aquí, en 1907, la comedia dramática *El Esclavo-Rey* y el drama *La Rondalla*, del mismo año, y la humorada *El baile de Misia Goya*, de 1908.

Hablar de tan seria producción dramática en unas pocas líneas bibliográficas no es propio. Nos limitamos, por consiguiente, en esta nota, á acusar recibo de ambos volúmenes, dejando que uno de los redactores de NOSOTROS, escriba más ampliamente sobre ellos en el próximo número, como lo tiene prometido.

En la presente edición cada pieza teatral va acompañada de las principales críticas que aparecieron sobre ella en la fecha del estreno.

«Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay», por Orestes Araujo.

Un excelente educador uruguayo, el señor Oréstes Araújo, ha publicado un breve y compendioso libro sobre los charrúas y restantes tribus salvajes que poblaban el Uruguay, cuando la llegada de los conquistadores.

El autor no ha pretendido escribir una obra de investigación personal, sino de mera divulgación de las menos controvertidas informaciones que tenemos sobre el particular. Ya nos advierte en el prólogo que no busquemos en su libro la solución de los muchos problemas etnográficos y antropológicos que ha suscitado el estudio de los indígenas de la Banda Oriental, y sí sólo la exposición ordenada y clara de lo que con mayor seguridad se conoce acerca de aquéllos, su origen, su número, las comarcas que habitaban, sus distintos carácteres físicos, morales é intelectuales y su entera vida social, á saber, la organización política y militar de las tribus, las relaciones domésticas y públicas, las instituciones ceremoniales, los ritos funerarios, las tradiciones, religión y supersticiones, las diversiones, la alimentación, el vestido, la habitación, etc.

Ya en otra circunstancia, al escribir respecto de este buen texto, paramos la atención sobre, á nuestro juicio, un desliz en que incurre su autor y que consideramos oportuno señalar nuevamente, atendiendo á su importancia.

«¿Cómo, — escribimos — después de haberse excusado el autor de investigar el origen y procedencia de los indios que poblaban el territorio uruguayo en la época del descubrimiento — por la obscuridad del asunto — declara á los charrúas en el capítulo IV pertenecientes á la gran familia guaraní? Sabido es que las modernas averiguaciones parecen desechar ese anteriormente admitido panguaranismo de los indios del Plata, circunscribiendo los guaranís á las islas del estuario, á la costa del Brasil *(Tupís)*, al Paraguay *(Carios)* y á las faldas meridionales de los Andes bolivianos *(Chiriguanos)*, ello sin desconocer la influencia guaranizante que ejercieron sobre muchas naciones vecinas. Sobre este particular, el reputado americanista don Samuel Lafone Quevedo ha llegado á conclusiones terminantes, aclarándonos con ello particularmente la debatida muerte de Solís.»

El profesor Araújo promete un complemento de esta primera parte de carácter exclusivamente etnográfico. Na-

rrará la resistencia que opusieron los indígenas á la conquista española, y esa segunda parte tendrá, á no dudarlo, el mismo interés que la precedente, que no titubeamos en recomendar á los enseñantes como un meritorio trabajo de información general.

«Don Quijote de la Mancha». Clásicos castellanos: ediciones de «La Lectura».

La notable revista madrileña, *La Lectura*, que con tanto acierto dirige don Francisco Acebal, prosiguiendo la empresa de prestar á la cultura española el inapreciable servicio de poner á su alcance sus ediciones de los *clásicos castellanos*, tan perfectas como baratas, ha dado á luz los dos primeros tomos de una nueva edición del Quijote, cuidadosa y agudamente corregida y anotada por Francisco Rodríguez Marín.

La obra completa alcanzará problamente á ocho tomos, pues en los dos que en nuestras manos tenemos, sólo aparece la mitad de la primera parte de la inmortal novela, debido á lo mucho que ocupan los tipos empleados, grandes y nítidos, y los abundantes comentarios.

Estos constituyen el más valioso mérito de la nueva edición. Con ser muchos, no son sino una mínima parte de los que el docto académico de la lengua, cervantista notorio, anda reuniendo para la edición extensamente comentada del *Quijote*, que piensa dar á la publicidad en 1916, en ocasión del tercer centenario de la muerte de Cervantes; con todo, son de lo más sabio y sabroso que en esta índole de trabajos puede leerse.

Rodríguez Marín, cuya admirable edición crítica de *Rinconete y Cortadillo* la valió en 1905 el premio de la Real, ilumina el texto cervantino con copiosas confrontaciones gramaticales con los restantes clásicos, defendiéndolo triunfalmente en casi todos los casos contra los anotadores que se pasaron de listos en achacarle errores, sobre todo contra el temible Clemencín, quien muy á menudo sólo enseñó la oreja cuando se creyó mostrar doctrina y penetración.

El texto que preferentemente sigue el reciente anotador, es el de las ediciones príncipes de ambas partes, y sólo se aparta de él en contadas ocasiones y por motivos fundados que explica en el comento.

A los que no se cansan de releer las inmortales aventuras del ingenioso hidalgo; á los jóvenes que aún no las han leído, casi siempre por falta de ayuda para familiarizarse con esa prosa, para ellos difícil; á todos los que aman al divino manco (¿y quién no ha de amarlo, salvo que tenga la imbécil malignidad de un P. Mir?) recomendamos esta nueva edición del *Quijote*, como obra necesaria en su biblioteca.

Obras completas de Shakespeare, traducidas por Jacinto Benavente: I. El Rey Lear.

Conjuntamente con la edición de los *Clásicos Castellanos*, *La Lectura* ha emprendido una nueva versión al español de las obras de Shakespeare. El traductor es nada menos que Jacinto Benavente, de cuyas manos ya ha salido *El Rey Lear*, vestido con los ropajes de la hermosa lengua hispana.

Benavente no se presenta al público como el *primer* traductor español del gran Will. Reconoce que «en España existen traducciones muy estimables de casi todas las obras de Shakespeare», y todos los que hemos leído las de Macpherson sabemos que es cierto. No pretende que su versión aventaje á ninguna de las anteriores: «será una más — dice — con tan buen deseo de acierto como la más acertada». En ella ha procurado ser claro y fiel, y ha atendido, más que á la elegancia literaria, á la espontaneidad y á la vida del diálogo teatral. Digamos que todo ello lo ha conseguido bellamente, dándonos un *Rey Lear*, admirable de fuerza y de frescura. Una observación del prólogo merece ser consignada. Dice Benavente: «Una traducción perfecta sería la que consiguiese darnos todo el espíritu de un escritor, con las palabras que, supuesto su temperamento, su estilo personal, la época y hasta las circunstancias en que escribió su obra, hubiera él mismo empleado, si su medio de expresión hubiera sido el idioma á que ha de traducirse su obra. Claro es que para conseguir esta traducción soñada el traductor había de ser... el autor mismo».

La observación nos parece penetrante y justa. Ahora bien; naturalmente Benavente no ha conseguido darnos esa traducción, como que el autor de *El nido ajeno* no es el de *Macbeth;* pero ¿no la habrá soñado y no le habrá ayudado algo el sueño en la realización de su intento?

«El drama de los venenos»—«La muerte de la Reina»—«El proceso del collar», por Franz Funck Brentano.

Frank Funck-Brentano escribe la historia pintoresca, con la minuciosa información de un erudito y el arte de la descripción de un novelista. Bajo su incansable curiosidad y su pluma ligera, las intrigas famosas de la historia se animan de nueva vida, y se hacen leer con el mismo interés con que se leen las narraciones periodísticas de los acontecimientos emocionantes del día.

Tres conocidas obras de él han visto ahora la luz, traducidas por primera vez al castellano, por la casa editorial Hispano-Americana. Son el *Drama de los venenos*, *La muerte de la Reina* y *El proceso del collar*. La primera describe minuciosamente una siniestra intriga de la corte de Luis XIV, hecha popular ha poco por Victoriano Sardou, en su tremendo drama homónimo, construido justamente sobre los datos que el dramaturgo sacó del historiador. La segunda, acaso la más emocionante de las tres, evoca ante nuestros ojos horrorizados la bárbara tragedia de la muerte de María Antonieta, con todas las circunstancias que la precedieron, prepararon y rodearon. La tercera establece la verdad histórica del celebérrimo proceso, que fué, como dijo Mirabeau, el preludio de la Revolución.

Luis XIV, la Montespan, la envenenadora Voysin, María Antonieta, la princesa de Lamballe, los hombres de la Revolución, el cardenal de Rohan, Cagliostro, la condesa de La Motte, la baronesa de Oliva, cien figuras más, reviven en estos tres libros, con sus pasiones, sus vicios, su dolor, su agitada ó atormentada vida, que es la vida de los hombres de todos los tiempos y todos los lugares, siempre, como ha escrito La Rochefoucauld, «interesados, crueles y malvados».

Las tres traducciones han sido cuidadosamente hechas y muy bien y abundantemente ilustradas con grabados de las respectivas épocas.

«Los grandes pintores».

La misma casa editorial Hispano-Americana ha puesto en circulación la traducción española de la colección de *Los grandes pintores*, cuyas ediciones inglesa y francesa son

bien conocidas. Los volúmenes que tenemos á la vista conciernen, respectivamente, á *H. y J. Van Eyck*, *Velazquez* y el *Ticiano*. Como es sabido, cada volumen trae un texto de cerca de ochenta páginas, esmeradamente impresas, en las cuales es relatada la biografía de los grandes maestros del pincel y son analizadas sus principales obras, todo ello en forma fácil y amena, al alcance del pueblo. Lo ilustran además ocho excelentes láminas en colores.

L. D.

«Documentos relatívos á los antecedentes de la Independencia y á la organización Constitucional de la República Argentina».

Hace pocos meses, al anunciar la publicación de los dos primeros tomos de estos documentos, señalamos en estas páginas la trascendencia é importancia de tal labor. Fuera inútil, pues, repetir cuanto dijéramos en aquella ocasión.

La Facultad de Filosofía y Letras, continuando su empresa, ha lanzado en estos días el tomo I de los documentos relativos á nuestra emancipación, copiados por orden del señor Enrique Peña en el archivo de Indias, de Sevilla, y el III tomo de los correspondientes á la Organización Constitucional, extraídos de la Secretaría del Senado de la Nación.

Contiene el primero las cartas, proclamas é informes de las autoridades coloniales, en que se refieren los movimientos precursores de la independencia y en especial el levantamiento del 1.º de Enero de 1809, que tanta resonancia tuviera en el Virreynato.

El segundo contiene las comunicaciones cambiadas entre el Poder Ejecutivo Nacional y los gobiernos de provincia á propósito de la revolución del 11 de Setiembre de 1852, la correspondencia y notas oficiales sobre la misión del general Paz al interior y los trabajos legislativos del Congreso Constituyente. Siguen á éstos otros documentos relativos á la elección del primer presidente constitucional y un proyecto de colonización del doctor don Augusto Brougnes en que se propone «la fundación de colonias agrícolas, teniendo en cuenta nuestra situación social y política y las condiciones de nuestro suelo».

Los estudiosos de historia podrán avaluar estas publicaciones y especialmente la de los documentos coloniales que, al interés de su contenido unían la dificultad de su conocimiento. Por ello merece aplausos la inteligente labor del señor Peña y su interés por las investigaciones históricas.

En el interior de la obra se anuncia la inminente publicación de los documentos referentes á asuntos eclesiásticos de la misma época, y de otros que servirán para la historia del Virreynato del Río de la Plata.

«Ariel», por José Enrique Rodó.

Los editores Serrano y Cía., de Montevideo, acaban de publicar la novena edición de esta obra.

¡Bella significación la de este hecho! La palabra de Próspero, cálida de idealismo y de ensueño, continúa determinando en las generaciones jóvenes del continente la orientación espiritual que les faltara. Nunca doctrina más *buena* fué dicha en Sud América, nunca palabra humana fué pronunciada con unción más noble.

Día llegará en que, á falta de naturales determinantes, sea necesario para la conservación espiritual de nuestra raza, contra la irracionalidad triunfante y contra él imperialismo amenazador, que la voz dicha hace años por Rodó se repita en todos los lugares como una profecía y como un sabio consejo.

Acaso, cuando las nuevas generaciones aprendan á leer en este librito, generoso como el genio que lo ampara, podamos confiar en el porvenir de nuestras sociedades, movidas sin fuerza inteligente, al azar de los acontecimientos y de la fortuna.

Esperemos que la publicación de este libro no sea jamás interrumpida, que su palabra llegue á los oídos de muchas generaciones americanas, con la misma frescura del presente y con el mismo calor de entusiasmo y de sugestión.

J. N.

NOTAS Y COMENTARIOS

José C. Paz.

Es ciertamente de lamentar el fallecimiento de don José C. Paz, acaecido en Montecarlo el 10 del corriente. Más de cuarenta años de actuación social, periodística y política del extinto, en quien concretábanse las más simpáticas virtudes de la raza: el espíritu de acción, la valentía, la caballerosidad, habíanlo hecho centro de una vasta red de simpatías, de afectos y de admiraciones, que su muerte ha exteriorizado en una forma unánime y elocuente. La más alta obra de José C. Paz fué la creación de *La Prensa*, órgano que al nacer representó un factor nuevo en el periodismo nacional: un diario independiente y equidistante de todos los partidos en medio de una prensa brava y terriblemente partidista; y que ahora, por su enorme importancia material y su innegable prestigio político constituye, junto con su hermana gemela *La Nación*, un legítimo orgullo del periodismo nacional frente al periodismo universal.

En esta hora tristísima para él, reciba el colega nuestro pésame sentido.

El derrumbe de la Movediza.

En muchísimos pena, en todos asombro, ha causado la caída de la Piedra Movediza del Tandil, ocurrida á fines del mes pasado.

Maravilla de la cinemática, conocida en todo el mundo por medio de los textos de geología, la Piedra del Tandil formaba parte de la orgullosa conciencia que los argentinos tenemos de la grandeza y belleza de nuestro territorio. Es lástima que se haya derrumbado; es legítimo y plausible que su ruina haya sido tan unánimemente deplorada: con todo, no juzgamos que deba ser magnificada hasta el extremo de catástrofe nacional. La Piedra del Tandil no era una *belleza* del suelo argentino; era una

curiosidad. No era un espectáculo de potencia ni de gracia; no exaltaba ni conmovía. Mucho más valor estético que ella tienen, no digamos la cordillera de los Andes ó la catarata del Iguazú; no digamos tampoco las sierras de Córdoba ó los riachos del Tigre; mucho más valor estético tiene un simple y común crepúsculo en el campo, en una tarde dorada. En el orden de la naturaleza la Movediza valía lo que en el orden del arte las asombrosas pruebas de un funámbulo. De ahí el interés que despertaba en los bobos ese magnífico juguete, destinado por la chatez humana y la incuria administrativa á servir de rompe — botellas, de registro de apellidos y de ganga para los avisadores.

Ricardo Rojas con su espíritu de místico y de poeta, ha visto el dedo del Destino en esta catástrofe. Eduardo L. Holmberg sólo ha comprobado en ella el cumplimiento de una ley mecánica sencillísima, aprovechada con vandálico propósito, ó ciegamente por la brutal fuerza de un jayán, ó conscientemente por la ingeniosa perversidad de un hombre instruido. Nosotros desgraciadamente somos escépticos y no creemos en la ingerencia del Cielo en estas cosas de la tierra. Preferimos la explicación de Holmberg y nos inclinamos á su parecer de que no vale la pena invertir 200.000 pesos en intentar restablecer la piedra en su sitio. Lamentamos sí su caída, pues con ella la Argentina ha perdido una de sus singularidades naturales; pero no nos parece que deba infundirnos el terror de pavorosas desgracias que nos amenazarían y de las cuales sería el fatídico signo anunciador. Aun sin la Piedra del Tandil, ingenuo objeto de orgullo para los niños de las escuelas, la República puede realizar sus altos destinos. Signos anunciadores de que eso no sucederá serán los despilfarros administrativos, la corrupción política, la indiferencia colectiva, la despreocupación por las cosas del espíritu, si continuasen como hasta ahora.

Sobre Anatole France.

El escritor francés Paul Glassier, nos envía un *postscriptum* á su bello artículo sobre Anatole France, publicado en el número 36 de NOSOTROS. Bien que llegado harto tarde para acompañar el artículo, consideramos oportuno darlo á conocer en estas notas á nuestros lectores, por cuanto contiene en su brevedad, interesantes restricciones que amplían é iluminan el juicio á que se refiere.

La postdata es la siguiente:

«A decir verdad, hay aquí y allá en la obra de Anatole

France, pasajes que indican otras veleidades y que permanecen ahogados.

«Si ellas se desprenden, el presente juicio se volverá falso para las obras nuevas. Pero yo no tenía porque escrutar tan profundamente las aptitudes del autor. Acaso hubiese sido una mejor crítica. Yo he querido estrictamente aplicar el método del crítico para demostrar su insuficencia. Yo he relatado las aventuras de mi alma en su obra aparecida, defendiéndome de la moda ciega de sus admiradores.

«Grande estilista, sea. Ello no quiere decir que sea un grande escritor. La característica de este último es una filosofía, un sistema de ideas que le dan una visión más ó menos profunda ó personal.

«France experimenta hasta el miedo de tener una sola idea propia. Y, á mi pesar, yo pienso en la fábula del Zorro y la uva». — *Paul Glassier.*

Francia y América. Una encuesta interesante.

Complacidos señalamos á nuestros lectores la labor de acercamiento intelectual que dos revistas francesas están realizando, entre América y Francia.

Una de ellas es la revista *Les Rubriques nouvelles*, que dirige Mr. Nicolás Beauduin (3 Rue Dante, Paris), que acaba de abrir una amplia y libre encuesta sobre como es considerada por los escritores americanos contemporáneos, la influencia francesa.

El cuestionario precisa los puntos siguientes:

1.º Hermanas latinas de la Francia, las civilizaciones americanas se han desarrollado bajo un clima diferente, sobre un suelo más fecundo, en medio de maravillosas riquezas naturales. El incesante aflujo de energías cosmopolitas se fusiona en ellas en raras jóvenes que tienen ambiciones y fierezas, como también costumbres propias de ellas. ¿Puede afirmarse que tales nuevas condiciones deben inspirar una particular orientación al progreso de su literatura?

2.º ¿Cómo podría conciliarse esa idea de la autonomía literaria de los países americanos, con la acogida calurosa que su *élite* hace á las giras de los artistas ó conferencistas franceses, así como á toda moda estética francesa? Esta simpatía ¿puede permitir á quienes la sienten libertarse de la servidumbre de las imitaciones demasiado sabias y realizar una originalidad verdadera? Pueden citarse autores que la siénten sin perder su genio per-

sonal, y cuyas obras estarían destinadas á ser una revelación para el público europeo?

3.º Independientemente de las cuestiones de cenáculos y de escuelas y de las discusiones técnicas, ¿pueden tener los países sudamericanos, del punto de vista intelectual, otra metrópoli que no sea París, capaz de poner en circulación las ideas esenciales en su propia lengua, sin exigir el empleo del francés?

Numerosos intelectuales argentinos han sido particularmente consultados. Las respuestas serán traducidas por los señores Philéas Lebesgue y Manoel Gahisto, que las acompañarán, si lo consideraran conveniente, con notas biográficas sucintas de los escritores consultados.

Ambos literatos se proponen asimismo dar cuenta en *Les Rubriques nouvelles,* de las obras americanas que les lleguen, por medio de crónicas y traducciones. El primero se ocupará de las obras brasileñas y el segundo de las de la América Española. Igual tarea realizan en la antología *Les Mille Nouvelles nouvelles,* colección mensual de cuentos de los escritores célebres de todos los países del mundo, en la cual ya han aparecido narraciones de los americanos Medeiros é Alburquerque, Manuel Ugarte, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Gutiérrez Nájera, Ricardo Fernández Guardia, José Tible Machado, Machado de Assis, Ricardo Coelho Netto, Ricardo Silva, Carmen Dolores y Rufino Blanco Fombona.

«Revista de América».

A principios de Mayo, aparecerá en París una importante revista redactada en castellano, cuyos propósitos serán los de contribuir á vincular eficazmente por el espíritu las diversas naciones del nuevo continente.

La *Revista de América,* que así se llamará el nuevo órgano de publicidad, será dirigida por el conocido literato peruano don Francisco García Calderón, y tendrá de corresponsal literario en la República Argentina, á nuestro compatriota, el poeta Manuel Galvez, ex-director de la revista *Ideas.*

Diario del Plata.

A principios del mes corriente apareció en Montevideo un nuevo órgano periodístico que, por los hombres que tiene al frente y la orientación que ellos le han dado, se singulariza gallardamente en la prensa del Plata.

Realmente se hacía sentir en la vecina orilla la ne-

cesidad de que existiera un órgano periodístico importante, que analizara desapasionadamente los actos de gobierno del señor Batlle y Ordoñez y que tendiera con su prédica diaria á la desaparición del profundo abismo que, por desgracia, divide á la familia uruguaya.

En el orden internacional ha hecho también este diario revoluciones sensacionales, relativas á nuestras últimas disidencias con la República Oriental y el Brasil. Nadie mejor informado que el señor Bachini en estos asuntos, pues, como se recordará, ocupó en esa época el Ministerio de Relaciones Exteriores. De estas publicaciones se desprende lo que siempre ha pensado la opinión sensata de este país: que todas las alarmas internacionales se debían exclusivamente á la obra ciega y antipatriótica de nuestro ex-canciller Estanislao S. Ceballos.

A pesar de ser una publicación uruguaya, «Diario del Plata» circula en Buenos Aires tan profusamente como cualquiera de nuestros diarios de la tarde. Felicitamos por ello al distinguido colega y le deseamos una larga y prospera vida.

Narciso A. Machado

Este progresista ciudadano — como acertadamente lo calificase José Enrique Rodó — distinguido periodista uruguayo, se ha hecho acreedor al reconocimiento de NOSOTROS — á parte de la honda estima personal que le profesan sus directores — por los reiterados elogios que de ella ha hecho en diversos números de «El Departamento de Sarandí», periódico que dirije con singular acierto desde hace cuatro meses en la Villa de Sarandí del Yi (República Oriental). El número correspondiente al 24 del corriente trae un extenso saludo de despedida á nuestro director señor Alfredo A. Bianchi, que ha permanecido una temporada en esos pintorescos parajes uruguayos, el que debidamente agradecemos.

Aunque su natural modestia le haya hecho negarse, al pedido de colaboración que oportunamente le hiciéramos confiamos en que pronto podrá NOSOTROS engalanar sus páginas con alguna de sus espirituales producciones.

Viajeros.

Muy pronto estará de nuevo entre nosotros el conocido crítico, Juan Pablo Echagüe.

En cartas últimas Echagüe, que, como es sabido, reside en París, anuncia su regreso para los comienzos de Abril.

Fé de erratas.

En el *Prólogo* de Enrique Banchs, que se publicó en el número anterior, en los versos:

Los servidores de la primavera
El sol y el agua,
lo mismo encienden el rubor florido
en bella que atesora un nido....

debió decir:

en bella rama *que atesora un nido.*

Son las delicias del linotipo.

Libros últimamente recibidos.

Manoel Gahisto: *L'Illimité.* (Roman). París. Edition du «Beffroi». MCMX.

—P. M. Gahisto: *Au coeur des provinces: Philéas Lebesgue.* Roubaix. Edition du «Beffroi». MCMVIII.

—Felipe Valderrama: *Ensueños y emociones.* Coro (Venezuela). 1911.

—Alberto Nin Frias: *Nuevos ensayos de crítica.* 2.a edición. Montevideo, 1907.

—A. Nin Frias: *Estudios religiosos.* F. Sempére y Cía., Valencia.

—A Nin Frias: *El arbol.* F. Sempére y Cía., Valencia.

—Víctor Pérez Petit: *Teatro* (dos tomos). I: *Cobarde, Claro de luna, Yorich.* II: *El Esclavo-rey, La Rondalla, El baile de Misía Goya.* A Barreiro y Ramos, editor. Librería Nacional. Montevideo, 1912.

—Victorio M. Delfino: *Metodología y Enseñanza de la Historia,* Cabaut y Cía., editores.

Mamuel F. Cestero: «Ensayos críticos». I. Gastón F. Deligne. — Santo Domingo, 1911.

Colección Ariel: Magón: — «La propia y otros tipos y escenas costarricenses. — San José de Costa Rica, 1912.

NOSOTROS.